



FACULTAD DE COMERCIO

**TRABAJO FIN DE MÁSTER
EN RELACIONES INTERNACIONALES Y
ESTUDIOS ASIÁTICOS**

**LA INCIDENCIA DE LA CULTURA Y EL
PENSAMIENTO EN LAS RELACIONES
INTERNACIONALES JAPONESAS DESDE EL
APERTURISMO MEIJI**

GUILLERMO NALDA FERNÁNDEZ

**FACULTAD DE COMERCIO
VALLADOLID, JULIO, 2020**



**UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
MÁSTER EN RELACIONES
INTERNACIONALES Y ESTUDIOS
ASIÁTICOS**

CURSO ACADÉMICO 2019/2020

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**LA INCIDENCIA DE LA CULTURA Y EL
PENSAMIENTO EN LAS RELACIONES
INTERNACIONALES JAPONESAS DESDE EL
APERTURISMO MEIJI**

Trabajo presentado por: **GUILLERMO NALDA FERNÁNDEZ**

Tutor: **LUIS ÓSCAR RAMOS ALONSO**

**FACULTAD DE COMERCIO
Valladolid, 13 de julio de 2020**

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	1
2. LA RESTAURACIÓN MEIJI Y EL APERTURISMO JAPONÉS.....	2
2.1. LAS ÉLITES JAPONESAS Y EL ORDEN INTERNACIONAL.....	4
2.2. EL LEGADO DEL FEUDALISMO JAPONÉS.....	7
2.3. LA DOCTRINA REALISTA Y SU APLICACIÓN JAPONESA	9
3. EL SISTEMA MUNDIAL Y SU IMPACTO EN JAPÓN.....	18
3.1. MODELO DE ADAPTACIÓN JAPONÉS AL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL	19
3.2. EL IMPERIALISMO MEIJI.....	24
3.3. LAS LECCIONES APRENDIDAS Y EL AVANCE JAPONÉS	26
4. EL ESTATUS ENTRE NACIONES	28
4.1. METAS NACIONALES: ESTATUS, HONOR Y PRESTIGIO	30
4.2. CONSTRUYENDO UNA IDENTIDAD JAPONESA.....	31
4.3. LAS HERIDAS PSICOLÓGICAS.....	37
5. LOS DESAFÍOS DEL NUEVO LIBERALISMO INTERNACIONAL	41
5.1. JAPÓN Y EL NUEVO LIBERALISMO INTERNACIONAL: EL SISTEMA DE WASHINGTON ...	43
5.1.1. <i>La diplomacia Shidehara</i>	47
5.2. EL FRACASO DEL SISTEMA DE WASHINGTON EN ASIA ORIENTAL.....	51
5.3. EL AUJE DEL FASCISMO Y SU REPERCUSIÓN EN ASIA ORIENTAL. LA VUELTA AL MILITARISMO DE LOS AÑOS 30	55
5.3.1. <i>Las causas de la guerra en Asia Oriental</i>	58
5.4. EL ESTABLECIMIENTO DE UN SISTEMA REGIONAL PROPIO	62
6. EL NUEVO ORDEN DE POSGUERRA	65
6.1. EL GIRO RADICAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR JAPONESA: ¿CONVICCIÓN, PRAGMATISMO O IMPOSICIÓN?	67
6.2. LA DOCTRINA YOSHIDA.....	70
6.3. EL MILAGRO JAPONÉS Y SUS REPERCUSIONES INTERNACIONALES	74
6.3.1. <i>La versión japonesa del capitalismo</i>	75
6.3.2. <i>El Realismo Económico japonés y su relación con los Estados Unidos</i>	77
7. LOS DESAFÍOS INTERNACIONALES JAPONESES EN EL S. XXI.....	79
7.1. LA POLÍTICA DE <i>SOFT POWER</i> JAPONESA: ESTRATEGIA <i>COOL JAPAN</i>	81
7.2. LA DOCTRINA ABE: IMPLICACIONES EN POLÍTICA EXTERIOR	84
7.2.1. <i>Las relaciones sino-japonesas</i>	86
7.2.2. <i>Las relaciones con la República de Corea</i>	87
7.2.3. <i>Las relaciones indo-japonesas</i>	90
8. CONCLUSIONES	91
BIBLIOGRAFÍA.....	94

OBJETIVO

El objetivo de este trabajo será el de ofrecer una visión clara del impacto de las particularidades culturales y de comportamiento japonesas en sus relaciones internacionales desde su apertura al mundo a mediados del s. XIX hasta la actualidad. Para ello, se trazará un discurso histórico de sus relaciones internacionales que sirva como hilo conductor para el análisis conductual, ofreciendo una perspectiva antropológica y sociológica del mismo. A tal efecto, se recurrirá a numerosos testimonios tanto japoneses como occidentales para poder hacer un análisis comparativo de ambas visiones y recrear la concepción japonesa de las relaciones internacionales.

1. INTRODUCCIÓN

“Tienen ritos y ceremonias tan diferentes a los del resto de naciones que parece que pretenden deliberadamente ser distintos a cualquier otro. Los motivos por los que hacen esto está más allá de la imaginación y bien podría decirse que Japón es un mundo a la inversa que Europa; todo es tan diferente y opuesto que no se parecen en absolutamente nada a nosotros. Esto no sería sorprendente si fuesen como muchos bárbaros, pero lo que realmente me deja perplejo es que se comportan como gente extremadamente cuidadosa y culta en todos los ámbitos”. (Pyle, 2007, pág. 8)

Misionero jesuita anónimo destinado en Japón, 1550.

El comportamiento y las pautas generales japonesas han sido históricamente indescifrables e incomprensibles para el mundo occidental. Observadores internacionales, diplomáticos y otros representantes de naciones occidentales que hayan visitado desde el s. XVI, coinciden en la imposibilidad o, al menos, la enorme dificultad para comprender los motivos que impelen la forma de actuar de los japoneses en el juego de poderes internacionales, que no es sino un reflejo de su propio comportamiento social observado desde una perspectiva occidental. Esta incomprensión se acrecentaba a la hora de tratar de comprender las diversas pautas, rutinas y conductas familiares propias de la cultura japonesa, y que llevaron a los occidentales a pensar que la única razón para hacer esto era la de diferenciarse del resto de culturas y naciones. A esto hay que sumar la tradicional mala comunicación de los japoneses y la poca predisposición de los líderes occidentales por abordar las relaciones japonesas desde una perspectiva no etnocentrista.

La resistencia al cambio que caracteriza al Japón del s. XXI contrasta enormemente con los rápidos y drásticos cambios que el país ha sufrido a lo largo de su historia, siendo el ejemplo más paradigmático de esta capacidad de adaptación y cambio la Restauración Meiji (1868-1912), que aun a día de hoy sigue sorprendiendo a los historiadores de todo el mundo por la rapidez con la que Japón pasó de una

economía y sociedad feudales a una sociedad industrializada avanzada de corte europeo en unas pocas décadas. Esto produce una curiosa dicotomía en su sociedad, aunando tradiciones ancestrales con los mayores avances tecnológicos del mundo.

En este trabajo trataremos de analizar las causas y motivos que se encuentran detrás de ese comportamiento único en el mundo, y que va más allá del mero sesgo cultural. Para entender las particularidades del comportamiento internacional japonés, no podemos obviar su comportamiento en el ámbito interno, estrechamente vinculado a su sociedad, su historia y su cultura. Para ello será fundamental realizar un recorrido a lo largo de la historia reciente de Japón, donde encontraremos las claves para comprender e interpretar las pautas de su comportamiento en sus relaciones internacionales hasta la actualidad.

2. LA RESTAURACIÓN MEIJI Y EL APERTURISMO JAPONÉS

Los parámetros fundamentales de la política exterior de una nación están establecidos por su poder relativo en el orden internacional. En palabras de Hecateo de Mileto: “*Los poderosos hacen lo que pueden, mientras que los débiles sufren lo que deben*”, por tanto, es inevitable pensar que la estructura doméstica de una nación poderosa y exitosa es emulada por otras con la pretensión de llegar a ese nivel, siempre viéndose influenciadas por la coyuntura internacional. (Pyle, 2007, págs. 22-23)

El 8 de julio de 1853, los habitantes de Uraga, a las afueras de Edo¹, la otrora poderosa capital del Japón feudal, se enfrentaron a una imponente vista. Cuatro navíos negros de guerra extranjeros entraron en la bahía de Edo entre humo negro, ni una sola vela era visible en esas naves. (Dower J. W., 2008, pág. 4) Eran, como más tarde descubrirían sus habitantes, navíos militares de vapor bajo bandera

¹ Nombre de la actual Tokio durante el reinado de los Tokugawa, ciudad a la que trasladaron la capitalidad del Estado desde Kioto.

estadounidense y que, al mando del comodoro Matthew Calbraith Perry, obligaron a la antaño aislada nación japonesa a abrir sus puertas al mundo.

De esta manera, las grandes potencias de occidente aseguraron el control indirecto sobre Japón mediante la firma de tratados comerciales desiguales que limitaban el control japonés sobre su propio comercio internacional entre otros abusos. (Beasley, 1987, pág. 8) Esto creará un clima de crispación en la sociedad japonesa, que se polarizará entre los partidarios del aislacionismo y las tradiciones que abanderaban los Tokugawa y aquellos a favor de una occidentalización del país como único modo de supervivencia en un contexto internacional hostil e imperialista, una situación que desembocará en la caída del shogunato². (Matsumara & Benson, 2001, pág. 53)

En 1868 el *shōgun*³ de la familia Tokugawa, quien había gobernado el Japón unificado durante todo el periodo feudal, será derrocado y la figura del emperador restaurada a la cabeza del Estado. Tras la caída del shogunato, el emperador Mutsuhito adoptó el nombre “Meiji”, traducido como “Gobierno Ilustrado”, dando así comienzo a la era homónima que dará comienzo con lo que se conoce como Restauración Meiji y finalizará con la muerte del emperador en 1912. (Swale, 2009, págs. 13-14)

La Restauración Meiji fue una “revolución” política de carácter nacionalista guiada por la búsqueda de la competitividad en el ámbito internacional (Pyle, 2007, pág. 45) que, a pesar de haber “restaurado” la figura imperial como cabeza del Estado, en la práctica se encontraba asesorado por un pequeño grupo de jóvenes políticos dotados de una gran ambición, capacidad y un fuerte sentimiento nacionalista, con una gran influencia sobre el emperador. (Swale, 2009, págs. 15-16)

² Así se conoce a los distintos gobiernos militares que unificaron Japón a lo largo de su historia bajo el mando de un gobernante supremo o “*shōgun*”, en este caso se refiere al shogunato Tokugawa que controló Japón de 1603 a 1868.

³ Proviene de “*seii taishōgun*” traducido literalmente como “generalísimo al mando de los ejércitos contra los bárbaros”, comandante supremo de los ejércitos del emperador que se convertirá en gobernante *de facto* del país.

Estos jóvenes políticos, que fueron los encargados de deponer al anterior *shōgun*, procedían de los escalafones inferiores de las elites samurái y gradualmente fueron pasando de la función de asesores imperiales a hacerse con el poder efectivo gubernamental, estableciendo el nuevo sistema político japonés bajo sus reglas, especialmente en lo concerniente a la economía y el ejército. (Swale, 2009, pág. 18) Bajo el gobierno Tokugawa, Japón se componía de más de 250 dominios controlados cada uno por un *daimyo* o señor feudal con un elevado grado de independencia a pesar de la unificación del país a manos del *shōgun*. En 1871 las autoridades Meiji abolirán los antiguos dominios feudales convirtiéndolos en las actuales prefecturas y los antiguos señores serán integrados en los órganos de gobierno del nuevo Estado centralizado al estilo occidental. (Pyle, 2007, pág. 40) En 1876, el ejército se había unificado bajo el mando imperial y la clase samurái abolida, prohibiendo portar la icónica espada samurái en público; se busca adoptar las costumbres occidentales, tanto estéticas como políticas. (Swale, 2009, pág. 19)

2.1. Las élites japonesas y el orden internacional

La política exterior japonesa en la época contemporánea ha sido decisiva en la conformación y devenir de la nación desde su aperturismo a mediados del s. XIX. El comportamiento de Japón como nación está estrechamente vinculado a la idiosincrasia y actuaciones de sus líderes, los cuales tratan de adoptar, haciendo gala de un enorme pragmatismo, las decisiones que mejor se adapten a la coyuntura internacional (Stronach, 1995, pág. 40). Si bien esta afirmación puede resultar bastante obvia, dado que todos los líderes nacionales a nivel mundial tratarán de tomar aquellas decisiones que mejor representen y defiendan los intereses de sus respectivas naciones en el panorama internacional, las particularidades sociales e históricas japonesas lo convierten en un caso único.

Desde la unificación de Japón bajo el dominio de los Tokugawa con el establecimiento del shogunato (1603), Japón ha sido gobernado por élites conservadoras a lo largo de su historia reciente (Swale, 2009, pág. 18), un conservadurismo inherente a la élite gobernante que se las ha arreglado para permanecer en el poder nacional, incluso tras el descrédito resultante de la derrota en

la II Guerra Mundial, pero ¿qué hay detrás de este conservadurismo en la sociedad japonesa?

Los valores japoneses del estatus, la jerarquía, así como la inviolabilidad y santidad de la autoridad, que permanecen intactos tras la Restauración Meiji juegan a favor de sus gobernantes en política exterior frente a otros sistemas que podríamos denominar más liberales, “democráticos” y críticos con el poder. (Matsumara & Benson, 2001, pág. 25) Siendo plenamente conscientes de esto, los líderes Meiji aprovechan las particularidades de la psique japonesa y las características sociales y culturales niponas para afianzarse en el poder y llevar a cabo sus políticas sin restricciones ni oposición amparándose en la recuperación de los valores tradicionales japoneses. (Pyle, 2007, pág. 23) De esta manera, imbuidos por ese nuevo sentimiento de valores tradicionales y fervor patriótico, la sociedad japonesa comenzó a funcionar como parte de un “todo”, extrapolando su necesidad de pertenencia grupal y el colectivismo, sin duda influenciados por los valores confucianos imperantes hace siglos en la sociedad., al nuevo concepto nacional

Las élites japonesas, de esta manera, abordarán la política exterior de una manera realista y pragmática, adaptándose con gran habilidad a los retos que la coyuntura internacional va presentando en función de sus propios intereses nacionales, una adaptación de tipo oportunista en palabras de Henry Kissinger, siendo conscientes de la necesidad de adaptar su modelo a dicha coyuntura o verse avocados a la desaparición de Japón como nación independiente económica y políticamente frente al imperialismo occidental. (Kissinger H. A., 1994, pág. 45)

Ante la reacción de anquilosamiento y reafirmación por parte del resto de naciones asiáticas del entorno en sus modelos tradicionales frente al imperialismo occidental del s. XIX, Japón opta por la adaptación a dicho nuevo modelo, consciente de su atraso tanto político como económico respecto a las potencias occidentales y su vulnerable posición geoestratégica. Esta vulnerabilidad viene dada por su condición de nación insular relativamente pequeña, cercana al gran continente asiático bajo la amenaza constante del gran imperio chino, la tradicional potencia hegemónica regional, y por otro lado Corea, tradicional enemigo japonés al oeste,

mientras que hacia el este, atravesando el Pacífico, se encuentra el creciente gigante norteamericano y principal causante del aperturismo forzado japonés con la llegada del comodoro Perry en 1853, que obligó al país a romper su tradicional aislamiento internacional y abrirse a los mercados extranjeros. (Pyle, 2007, págs. 24-25)

Los líderes Meiji centrarán entonces su política exterior en situar a Japón como una potencia internacional de primer orden y para conseguirlo, no tendrán reparos en abandonar usos y costumbres milenarias e inherentes a su civilización en el proceso. (Swale, 2009, pág. 32) Por tanto, podemos afirmar que el Estado moderno japonés tiene sus orígenes en tratar de afrontar los retos y desafíos del orden internacional en el que se han visto envueltos forzosamente, y, por tanto, su política exterior tendrá como fin último situar a Japón como una potencia de primer orden en el tablero internacional al nivel de las grandes potencias occidentales. (Pyle, 2007, pág. 26)

Las demandas del orden internacional dictarán el devenir del país, marcado siempre por un gran temor al imperialismo occidental al percatarse de lo que les había sucedido a países de su entorno como China con el Imperio Británico; es por eso por lo que Japón, para su propia supervivencia, decide adoptar al principio una actitud internacional de no confrontación con las potencias más poderosas del tablero mundial y adaptarse a las reglas del juego internacional, antes desconocidas para ellos. (Oshiro, 2000)

De acuerdo con el historiador alemán del s. XIX Leopold Von Rancke: “La política interior debe estar subordinada a las exigencias de los asuntos exteriores”, y esto fue seguido a rajatabla por los dirigentes Meiji. (Pyle, 2007, pág. 53) Siguiendo los preceptos de Von Rancke, el Gobierno japonés comprendió la necesidad de reorganizar la política e instituciones internas que se habían demostrado obsoletas ante el nuevo giro de la política exterior japonesa, el nuevo objetivo nacional de independencia y poder en el ámbito internacional. Para ello, el gobierno japonés deberá buscar un referente al que emular en esta tarea, ya que las instituciones japonesas hasta el aperturismo Meiji carecen de la experiencia y conocimientos

necesarios para realizar la titánica tarea de reestructuración política del país. (Shigeto, 2000)

El referente elegido para esta reestructuración fue el modelo prusiano, al sentirse el gobierno japonés reflejado en su situación geoestrategia, esto es, un país expuesto militarmente frente a grandes potencias circundantes y con un pasado reciente de feudalismo y militarismo. (Pyle, 2007, pág. 27)

2.2. El legado del feudalismo japonés

La política internacional es el espejo de la política interior y la idiosincrasia de un país, la cara que una nación muestra al mundo, y vendrá determinada por las particularidades culturales inherentes a cada país, determinadas a su vez por su historia, medioambiente, experiencias, geografía, clima, etc.

Para comprender, por tanto, la política exterior japonesa a lo largo de su historia reciente, debemos analizar detenidamente las peculiaridades de la cultura y la historia japonesa, que perfilaran de manera decisiva el pensamiento del Japón en su conjunto y será determinantes en la conformación tanto de su política exterior, como interior.

El caso japonés es único debido a los siglos de total aislamiento autosuficiente respecto al mundo exterior como consecuencia de sus particularidades geográficas y sistemas de gobierno. Tras varios intentos de invasión en el s. XIII por parte de los mongoles evitadas únicamente gracias a fenómenos meteorológicos marítimos de carácter totalmente fortuitos, se va fraguando en las autoridades japonesas un fuerte sentimiento de inseguridad territorial al poner de manifiesto los mongoles la vulnerabilidad de la posición geoestratégica japonesa. (Matsumara & Benson, 2001, págs. 48-53) A esto no ayudará la constante amenaza del gran Imperio Chino, la gran potencia hegemónica de la región asiática oriental, especialmente durante el mandato de las dinastías Táng y Ming, de fuerte carácter militarista y expansionista, lo que suponía una amenaza constante para la integridad territorial japonesa y su independencia. (Zachman, 2009, págs. 15-16)

Esta percepción constante de amenaza externa que las autoridades y el pueblo japonés llevan percibiendo desde hace siglos ayuda a comprender las reacciones de estos hacia cualquier poder extranjero, con una mezcla de recelo, temor y desconfianza hacia ellos. Este sentimiento de inseguridad es crucial para entender el comportamiento japonés en el ámbito internacional, su política y sus relaciones exteriores, y llevará a los japoneses a realizar continuas reformas dedicadas a reforzar y fortalecer el poder del Estado, personificado por la figura del Emperador. De cualquier manera, nunca un poder extranjero ha posado un pie dentro del principal territorio insular japonés. (Zachman, 2009, págs. 152-154)

A partir del intento de invasión mongola del s. XIII, Japón se constituirá bajo un régimen feudal, con la totalidad de su territorio dividido en pequeños dominios al mando de un señor feudal en continuo enfrentamiento con los dominios vecinos, por lo que la sociedad japonesa pasará a estar dominada por la casta guerrera, los samuráis, que basarán su modelo de Estado en la guerra y la defensa, en definitiva, una sociedad militarizada. (Matsumara & Benson, 2001, págs. 32-35)

Viéndose casi totalmente aislados frente a la influencia extranjera hasta mediados del s. XIX, la política exterior japonesa a partir del aperturismo Meiji se verá fuertemente determinada por los siglos de feudalismo vividos. Curiosamente, la época feudal japonesa, en contra de lo que pueda parecer, supuso un excelente marco de entrenamiento para enfrentarse a la coyuntura internacional, al estar Japón por aquel entonces conformado por numerosos territorios enfrentados continuamente entre sí movidos por intereses políticos y económicos, reproduciendo de esta manera las dinámicas políticas basadas en el poder internacionales a una escala inferior. (Hilddrup, 2006, pág. 35)

Aunque el belicismo imperante hasta el momento se atemperó tras la unificación del país bajo el Shogunato de los Tokugawa (1600-1868), la competencia entre los señores feudales de los distintos territorios persistió, especialmente en el ámbito económico y comercial. (Roberts, 1998) Existía entre estos territorios una extrema competencia por aventajar económicamente al señor vecino, con el objetivo principal de mantener su competitividad comercial; para ello, los diferentes señores

trataban de retener en sus dominios a los mejores expertos y artesanos para la elaboración y desarrollo de nuevos productos con el objetivo de mantener un flujo comercial positivo en su territorio. (Akagawa, 2015, págs. 15-16) En estas políticas económicas a nivel local durante el feudalismo japonés bajo el dominio Tokugawa podemos observar los orígenes de la estrategia económica japonesa durante el último siglo, sustentada en tres pilares básicos: (Shigeto, 2000)

- Retención de talento y expertos para el desarrollo de nuevos productos.
- Subsidios estatales a la agricultura.
- Orientación mercantilista de la economía enfocada en las exportaciones frente a las importaciones.

Es por esta competitividad interna entre los distintos territorios feudales japoneses que tras la llegada del comodoro Perry y su imposición de apertura del comercio insular japonés al mundo occidental, estos señores feudales, muchos de los cuales ostentarían cargos en el gobierno Meiji, tenían ya una extensa experiencia en las vicisitudes del comercio interregional que, si bien a escala local, se asemejaba mucho en su esencia al sistema comercial internacional occidental de la época. Esto explicaría la rápida adaptación al sistema internacional de corte occidental y el rotundo éxito en la transición de un sistema puramente feudal a una economía de mercado de pleno derecho.

2.3. La doctrina realista y su aplicación japonesa

Como hemos señalado en el apartado anterior, el feudalismo supuso una influencia clave en la sociedad japonesa y sus líderes, y es crucial para comprender los patrones japoneses de conducta en sus relaciones internacionales.

La doctrina realista formulada por Hans Morgenthau en su obra “La teoría de la política internacional” y principal defensor de esta, establece que el interés primario y fundamental de los Estados es el de garantizar su supervivencia usando el

ejercicio del poder como herramienta para dicho propósito, amparado en una política de seguridad estatal. (Pauselli, 2012, págs. 80-83) De acuerdo con Morgenthau, las relaciones internacionales se basan en una continua lucha por el poder entre naciones, siendo los propios intereses de cada nación la esencia de la política mundial. (Morgenthau, 1986)

Para ello, los distintos Estados que componen el panorama internacional basarán su política exterior en tres premisas realistas fundamentales:

- El estatocentrismo, estableciendo el concepto de Estado moderno o Estad-nación como el eje principal en torno al cual giran las relaciones internacionales.
- Las relaciones internacionales se basan en una conflictividad continua en la búsqueda de un *status quo* que equilibre los distintos poderes de los actores internacionales.
- La centralización del poder del Estado, al ser la única entidad política de pleno derecho en las relaciones internacionales. (Barbe, 1987, págs. 153-154)

Como veremos a continuación, las principales premisas realistas se enmarcan perfectamente en la concepción japonesa de la política exterior y las relaciones internacionales, además de adaptarlas de acuerdo a sus propios intereses económicos, geoestratégicos y a sus propias particularidades culturales y sociales.

De acuerdo con Kenneth B. Pyle, existen 6 patrones internacionales en la “realpolitik” japonesa (Pyle, 2007, págs. 44-52) que perduran en el tiempo, son producto de su historia y explican la sorprendente adaptabilidad japonesa a los cambios y fluctuaciones en la coyuntura internacional:

- *Búsqueda del poder internacional*: ¿por qué los líderes japoneses tras la Revolución Meiji han primado tanto la política exterior, la búsqueda de ese poder y prestigio internacional, llegando a sacrificar incluso su propia herencia institucional en el proceso? La Restauración Meiji, al tratarse de una

revolución de las élites samuráis de la sociedad, dio primacía al valor del poder y sus símbolos en las instituciones, todo ello heredado de la estricta jerarquía marcial propia de esta casta guerrera. Este poder y sus símbolos se traducen en fuente de prestigio y seguridad, por lo que se esgrimió sin restricciones, lo que a su vez se verían amparados por valores budistas y confucianos de fuerte arraigo social, basados en conceptos de respeto absoluto a los superiores y la jerarquía que se subordinarán, por una cuestión de pragmatismo, a la ética guerrera que primaba en la sociedad samurái. (Celarent, 2014, págs. 1916-1919)

Con esta visión del poder absoluto arraigada en lo más profundo de la sociedad japonesa no es de extrañar que las elites dominantes no consintieran ver a Japón como un país “de segunda” en el tablero internacional y subordinado a las principales potencias occidentales. Comenzará a fraguarse entonces una obsesión en los líderes japoneses por igualar a Occidente, que se convertirá en el motor principal de la política exterior japonesa durante toda la época moderna. (Stronach, 1995) Para la consecución del gran objetivo internacional, Japón precisará de un Estado fuerte y centralizado que aúne todos los esfuerzos del país y los enfoque hacia alcanzar sus pretensiones internacionales. Por ello, la élite conservadora de gobernantes desde la Restauración Meiji, y que perduran hoy en día en el poder, centrará toda su política en maximizar el poder y la influencia de Japón en el exterior. (Pyle, 2007, pág. 65)

El ejemplo perfecto de esta visión japonesa de las relaciones internacionales del país es su política de alianzas, basada en un alineamiento constante con la nación más poderosa del momento, el Imperio Británico de 1902 a 1922, la Alemania nazi entre 1936 y 1945, y los Estados Unidos desde 1952 a la actualidad, lo que nos lleva al siguiente patrón en las relaciones internacionales japonesas. (Matsumara & Benson, 2001)

- *Pragmatismo internacional y la debilidad de los ideales universales*: el papel de Japón en el ámbito internacional nunca se ha guiado por ideas

trascendentales sobre el bien y el mal o principios morales universales, sino que ha venido determinado por una visión pragmática, tachada en múltiples ocasiones de “oportunista” en su búsqueda del poder internacional, alejándose de las visiones utópicas del mundo. Los propios japoneses poseen una denominación propia para esta visión pragmática de las relaciones internacionales, *genjitsuteki*, y otra para la visión oportunista, *jitsumiteki*, resultando la suma de ambas concepciones la visión japonesa sobre la política exterior que, carente de sesgos ideológicos de cualquier tipo, tiene como único fin la consecución del poder internacional de primer orden. Como ejemplo perfecto de este tándem en la política exterior japonesa tenemos sus relaciones internacionales durante el s. XX: por un lado, observamos el oportunismo o *jitsumiteki* en la expansión territorial japonesa al quedar expuestos los territorios bajo influencia occidental en el Este y Sudeste Asiático en el transcurso de los dos grandes conflictos mundiales del siglo; mientras que por otro lado podemos observar la visión pragmática o *genjitsuteki* en la política exterior japonesa durante la Guerra Fría, aprovechando su situación geoestratégica excepcional como puerta de entrada al continente asiático para convertirse en el principal aliado del gigante norteamericano en un periodo en el que la práctica totalidad del continente asiático caía en la órbita comunista abanderada por la Unión Soviética, una alianza que supuso enormes beneficios económicos y comerciales para Japón. (Pyle, 2007, págs. 45-46) Desde la perspectiva cultural japonesa, tanto el oportunismo como el pragmatismo son vistos con un enfoque confuciano basado en el orden natural, la naturaleza está plagada de ejemplos de ello, por lo que no será visto con connotaciones negativas en contra de la perspectiva occidental.

Una posible explicación para este comportamiento en sus relaciones internacionales puede tener su origen en la filosofía sintoísta, la religión originaria y mayoritaria en Japón junto con el budismo. *Shinto*, significa literalmente “el camino de los dioses”, y pone el énfasis en la observación de los fenómenos tangibles, naturales y humanos, los cuales identifica con los

kami o espíritus de la naturaleza y con los cuales se vive en armonía. (Nakamura H. , 1964, pág. 350) De esta manera, desde la perspectiva japonesa, su comportamiento en lo que a sus relaciones internacionales se refiere no sería más que un comportamiento natural, armonioso, ajeno a conceptos transcendentales superiores.

Es por esta visión mundana japonesa que a menudo les resulta extraño comprender conceptos ilustrados propios del mundo occidental ajenos a su filosofía como la legitimidad en el orden internacional, conceptos del bien y del mal propios de la herencia judeocristiana occidental, liberalismo, derechos humanos, igualdad, etc. No existe una ética universal dentro de los valores japoneses, (Wierzbicka, 1991) algo que contrasta con un mundo regido por los valores transcendentales occidentales al que Japón se ha visto forzado a abrirse, la ética japonesa se basa en la actuación de un individuo como parte de un grupo y, por tanto, guiada por los intereses generales nacionales.

La única ideología que ha movido a sus líderes desde el aperturismo es un fuerte sentimiento nacionalista con una sociedad imbuida de una devoción por el poder del Estado o *kokkashugi*, el cual se fortalece a través de la fusión de la deidad con el emperador. (Swale, 2009, pág. 82) Este nacionalismo exacerbado, unido al fuerte sentimiento de identidad nacional que las autoridades Meiji se encargaron de inculcar en la población, serán las bases de las relaciones internacionales japonesas hasta la actualidad.

- *Adaptación y acomodación japonesa a la coyuntura internacional:* los japoneses son plenamente conscientes de su atraso tecnológico, económico y político respecto a las potencias occidentales a finales del s. XIX y principios del s. XX, por lo que siguiendo los patrones de adaptación y oportunismo en sus relaciones internacionales expuestos anteriormente no sorprende encontrar el patrón de adaptación en la política exterior japonesa ante los cambios en la coyuntura internacional. Sus líderes han aprendido a adaptarse

en gran medida a estos cambios con el fin de minimizar la vulnerabilidad de la nación del sol naciente en el ámbito internacional. (Beasley, 1987, pág. 28)

En palabras del politólogo japonés Matasaka Kosaka: “para la sociedad japonesa, las órdenes son algo que emana de los estratos superiores de la sociedad, no son creadas en un acto consensuado entre toda la sociedad, por tanto, no se discuten nunca, simplemente se acatan sin cuestionarlas. Japón ha existido y siempre existirá, independientemente de la voluntad y las acciones de sus gentes, no es fruto de un contrato o ideas comunes consensuadas entre sus pobladores” (Pyle, 2007, pág. 52). Esta forma de pensar característica de la sociedad japonesa permite a sus líderes adaptar la política nacional exterior a los cambios coyunturales en el tablero internacional, la tendencia mundial denominada “*sekai no taisei*”, sin necesidad de consenso y sin disensiones, saber interpretar esta tendencia y adaptar su política exterior de manera que mejor defienda los intereses nacionales; Japón siempre debe actuar de acuerdo con esta tendencia. (Nakamura H. , 1964, pág. 576)

Al depender de la coyuntura internacional y no de unos principios básicos universales, las relaciones internacionales japonesas siempre han sido tratadas de oscurantistas, tachadas de tratar de ocultar las verdaderas intenciones de las mismas, cuando según las palabras del antropólogo japonés Chie Nakane: “la realidad es que no hay intenciones que ocultar, no existen unos principios morales superiores a los que atenerse, no hay dogmas bajo los que regirse, simplemente cuando se establece una meta se hará lo posible para la consecución de la misma sin importar nada más” (Nakamura H. , 1964, pág. 520), y en el caso de la política exterior japonesa esta meta siempre ha sido la de situar al recién industrializado país nipón entre las primeras potencias mundiales. Esta concepción cultural de la política que podríamos definir como “maquiavélica”⁴provocará el recelo de Occidente al considerar

⁴ Maquiavelo establece en su obra “El Príncipe” que el fin justifica los medios

muchas de estas actitudes inmorales, un concepto de moralidad virtualmente inexistente en la mente japonesa.

- *Emulación e innovación, la receta del éxito japonés*: resulta muy llamativo cómo un país tan celoso de sus tradiciones y cultura como el japonés, en un acto de pragmatismo sin precedentes, decide en parte renunciar a las mismas en aras del progreso y de la consecución de su gran meta internacional. Para ello, el país comenzará una política de imitación de las prácticas exitosas de las grandes potencias, en lo cual Japón se mostrará excepcionalmente exitoso.

Muchos estudiosos de la cultura japonesa consideran que esta capacidad de imitación de las virtudes de culturas foráneas no es una novedad introducida por el gobierno Meiji, sino que es algo inherente a la cultura japonesa a lo largo de toda su historia. (Pyle, 2007, pág. 58) Toda la base de su civilización bebe de la influencia china, desde su religión, a su pensamiento, filosofía e instituciones, de los cuales Japón ha sabido adoptar aquellos elementos de la cultura china que le eran beneficiosos y adaptarlos a su propia cultura. (Zachman, 2009, págs. 8-9)

Tras la Restauración Meiji, Japón comenzará a emular a las grandes potencias occidentales. Del Imperio Prusiano los japoneses adoptaron las estructuras de Estado y sus políticas imperialistas, y las imbuyeron de una fuerte ortodoxia nacionalista para guiar la senda de la industrialización y la búsqueda de poder internacional, ambas amparadas por el poder imperial japonés. (Swale, 2009, pág. 179)

Con el tiempo, y una vez establecida y afianzada la transición de un estado feudal a una sociedad industrializada moderna a imagen y semejanza de las grandes potencias occidentales, los líderes japoneses pasaron de la mera imitación a la innovación como nueva manera de obtener poder en el tablero de juego internacional a costa de sus rivales. (Swale, 2009, pág. 53) Tras emular las instituciones estatales prusianas y renovarlas en el s. XX basándose en el modelo de la Alemania nazi, durante la posguerra dotaron a

las mismas de un carácter propiamente japonés con el fin de fomentar el crecimiento económico y comercial para ventaja del nuevo orden mundial de postguerra basado en libre comercio estadounidense. (Shigeto, 2000)

- *Rango y Honor*: quizás el rasgo más conocido de la sociedad japonesa sea su extrema y continua obsesión por el estatus y el prestigio, o lo que es lo mismo, el rango y el honor dentro de su sociedad, dos rasgos que son inherentes a la cultura japonesa y que son fundamentales para comprender su manera de actuar y de pensar. (Nakamura H. , 1964, pág. 480) Extrapolándose a las relaciones internacionales japonesas, la mentalidad respecto a estos dos conceptos es la misma que a nivel interno, entendiendo la búsqueda de prestigio internacional japonés como base fundamental de su política exterior.

Según la concepción japonesa del prestigio, este es fundamental puesto que serviría como forma de legitimación del poder internacional; el prestigio de un país estará ligado al reconocimiento de su poder. De esta manera, un país con un elevado grado de prestigio internacional a menudo no deberá esgrimir su poder real para hacerlo valer, he ahí la verdadera valía del prestigio entre naciones. (Biao, 2017, pág. 515)

De nuevo, en el caso japonés, estos dos valores y su concepción tienen su origen en el pasado feudal, desarrollando un concepto único y muy intenso del honor. Mientras que en el mundo occidental los códigos de honor siempre han sido más laxos, estos acabaron relajándose, decayendo o incluso desapareciendo en aras del crecimiento económico, en Japón estos códigos de honorabilidad se mantuvieron siempre muy presentes, desarrollando lo que se conoce como la “cultura del honor”. (Pyle, 2007, pág. 62)

Como gran parte del pensamiento moderno japonés, el concepto tan particular del honor nipón tiene su origen en la sociedad samurái, los cuales se definían como la clase social dispuesta a dar la vida para salvaguardar su honor, siendo este concepto lo que les definirá como clase. El ejemplo más

claro del punto extremo al que la sociedad samurái estaba dispuesta a llegar para mantener dicho honor intacto es el suicidio ritual o *seppuku*⁵ cuando el samurái consideraba que su honor se había perdido, lo cual no era muy difícil dado los elevados estándares de honorabilidad establecidos por el código samurái. (Stronach, 1995, págs. 76-77) Con la unificación del país bajo el gobierno de los Tokugawa a partir del 1600, la violencia y el militarismo samurái se trató de adaptar al nuevo modelo de Estado centralizado, y la élite guerrera pasó a formar parte del cuerpo de funcionarios y burócratas estatales, en donde la extrema importancia del estatus y la jerarquía se mantendrá intacta. (Pyle, 2007, pág. 64)

La jerarquía social se basará en las antiguas relaciones inter-vasalláticas existentes antes de la unificación, lo que significa que los antiguos señores feudales y samuráis de alto rango pasaran a representar altos cargos del Gobierno, por lo que sus privilegios y estatus prevalecerá, la esencia de la sociedad fuertemente jerarquizada del Japón feudal se mantiene intacta en la transición a un Estado moderno. Todas las pautas de comportamiento se subordinarán a unos estrictos códigos de conducta basados en el estatus del individuo respecto al resto dentro de la sociedad. (Swale, 2009, pág. 15)

Extrapolando estas ideas japonesas sobre el honor y el estatus a sus relaciones internacionales, el comportamiento será exactamente el mismo, cambiando el estatus individual por el colectivo a nivel nacional. La importancia del estatus estatal en el marco internacional cobrará, de esta manera, una nueva dimensión en el caso japonés, siendo convenientemente potenciado por los líderes Meiji y creando lo que se conoce como “Nacionalismo Honorable”. (Pyle, 2007, pág. 66)

De esta concepción japonesa extrema sobre el honor y el estatus podríamos explicar la decisión japonesa de entrar en guerra con los Estados Unidos

⁵ En Occidente este acto es comúnmente conocido como el *harakiri*, consiste en clavarse un cuchillo ritual en el estómago hasta la muerte ante la vergüenza de la deshonra. Deshonra que podía venir de un gran número de formas en la cultura japonesa.

durante la Segunda Guerra Mundial, una nación muchísimo más poderosa en el momento. Ante las pretensiones estadounidenses de hacer perder a Japón su imperio colonial en Asia y, por tanto, una pérdida intolerable de estatus y prestigio a nivel internacional puesto que sería un fracaso en sus objetivos nacionales fundamentales: situar a Japón entre las primeras potencias a nivel mundial. A ojos de los japoneses y de sus líderes, la única manera de salvar su honor y prestigio internacional, a la vez que mantiene su estatus internacional, era la guerra sin cuartel contra los americanos, escenificando la importancia desmesurada del prestigio internacional y el honor para los japoneses. (Pyle, 2007, págs. 67-68)

3. EL SISTEMA MUNDIAL Y SU IMPACTO EN JAPÓN

Con la llegada del comodoro estadounidense Matthew C. Perry a las costas japonesas en 1853 y la consiguiente apertura impuesta del comercio japonés se puso inmediatamente de manifiesto las debilidades internacionales del Japón de los Tokugawa. (Dower J. W., 2008, pág. 20) El mundo estaba cambiando y Japón debía adaptarse si quería sobrevivir como nación en un ambiente internacional cada vez más competitivo y dominado por las grandes naciones imperialistas. Este sistema imperialista a nivel mundial estaba basado en las desigualdades comerciales entre naciones, con la gran red comercial establecida por el Imperio Británico a la cabeza de todo el sistema. (Roberts, 1998, pág. 22)

Esta necesidad de adaptación urgente a la coyuntura internacional para su propia supervivencia e independencia fue el desencadenante de la Restauración Meiji en 1868, que enfrentaría a aquellos sectores que abogaban por la necesidad de adaptarse al modelo internacional frente a los defensores de las antiguas tradiciones japonesas y el aislacionismo. (Swale, 2009, págs. 8-9) En contra del resto de revoluciones en el mundo moderno, la Restauración Meiji fue un evento de carácter profundamente conservador, llevado a cabo por las elites y cuyo propósito principal

era asegurar la supervivencia de Japón en el contexto internacional mediante su equiparación en poder y prestigio con las grandes potencias occidentales que dominaban el mundo.

Las instituciones y el poderío militar Tokugawa se demostraron obsoletos para afrontar los retos que el nuevo aperturismo al mundo suponía para el país del sol naciente. Los líderes Meiji decidieron aceptar las nuevas “normas de juego” internacionales, y en contra de la mayoría de las naciones asiáticas de su entorno, buscaron adaptarlas a sus propios propósitos internacionales y usarlas en su favor en su pretensión de igualar el poderío occidental, incluso a costa de poner en riesgo su identidad cultural. (Matsumara & Benson, 2001, págs. 32-33)

Mientras el resto de las naciones asiáticas se aferraban a sus tradiciones e instituciones, decididas a resistir ante el influjo cultural de corte imperialista extranjero, los japoneses supieron como adaptarse al drástico cambio, entendiendo a la perfección el “darwinismo social” que imperaba en las relaciones internacionales: el fuerte impera sobre el débil. (Pyle, 2007, pág. 70)

3.1. Modelo de adaptación japonés al nuevo orden internacional

El orden mundial es cambiante, viéndose influenciado por dinámicas políticas, económicas, sociales y militares. Por ello, las naciones poderosas deben evitar caer en el anquilosamiento constantemente, ya que de lo contrario podrían perder su posición de preeminencia internacional, mientras que las naciones más débiles tratarán de hacerse un hueco en el panorama internacional tratando de emular a las más grandes.

Pocas naciones a lo largo de la historia han tenido la capacidad de adaptación necesaria para hacer frente a estos cambios fruto de las dinámicas y fluctuaciones internacionales como la ha hecho Japón. Desde su apertura al mundo moderno durante la Restauración Meiji, Japón ha sido testigo de numerosos cambios en el contexto internacional, pero concretamente hubo cinco grandes cambios que afectaron la política exterior japonesa a nivel regional en Asia desde 1868:

- El colapso del sistema sino-céntrico y su sustitución por el imperialismo occidental en Asia oriental a mediados del s. XIX.
- El final del sistema imperialista occidental tras la I Guerra Mundial (1914-1918), lo que dará paso a un sistema basado en la hegemonía norteamericana en la región que tratará imponer su sistema liberal-capitalista como referente en Asia Oriental.
- Fin del sistema americano como referente internacional en la región durante los años 30 tras el Crack del 29, lo que llevó a Japón a tratar de crear su propio orden hegemónico en Asia Oriental.
- Derrota y desaparición del orden hegemónico regional japonés tras su derrota en la II Guerra Mundial en 1945 y el restablecimiento del nuevo orden liberal estadounidense en la región, coincidiendo con el comienzo de la Guerra Fría.
- Final del sistema bipolar de la Guerra Fría tras el colapso de la Unión Soviética en 1989. (Pyle, 2007, págs. 29-30)

Cada uno de estos cambios en el orden internacional en Asia Oriental conlleva profundos cambios y adaptación de la política exterior japonesa, así como de sus instituciones internas, de manera que sus intereses regionales no se vean amenazados ante estas fluctuaciones. Estos periodos de transición explicarían los grandes cambios de dirección en la política exterior japonesa, su comportamiento y relaciones internacionales, guiados por un espíritu de supervivencia ante un contexto internacional cada vez más hostil y que se verá reflejado en su asombrosa capacidad de adaptación, estrategia que fue calificada por muchos gobiernos coetáneos como oportunista. (Matsumara & Benson, 2001, pág. 40)

El comportamiento japonés en política exterior y sus relaciones internacionales desde su aperturismo bajo las autoridades Meiji hasta la actualidad se basa en dos pilares básicos:

- La búsqueda constante de ejercer una fuerte influencia externa

- Una estrategia oportunista de adaptación a los cambios en la coyuntura internacional

Los japoneses fueron rápidamente conscientes de la supremacía militar y económica de las potencias occidentales, evitando el ejemplo de la actitud de China que, despreciando el poder extranjero occidental y desde una visión cultural supremacista, sufrieron la derrota y la implantación por la fuerza de las doctrinas liberales occidentales. (Stronach, 1995, pág. 53) Los líderes Meiji, sin embargo, comprendieron que para situar a Japón como una potencia de primer orden a nivel internacional no solo bastaba con reforzar la rama militar, sino que había que asegurar un Estado fuerte, consolidado, acompañado de una economía igualmente poderosa que ampara todo el sistema, lo que implicaría una reorganización total de la sociedad japonesa. (Pyle, 2007, pág. 79)

Para observar y aprender sobre los modelos occidentales, las autoridades japonesas designaron un equipo de más de 100 integrantes formado por líderes políticos, funcionarios y estudiantes, cuya tarea fue visitar durante 3 años, de 1871 a 1873, los distintos gobiernos de Europa y Estados Unidos con el fin de hacerse una idea de cómo se estructuraban los Estados modernos. Esta misión se conoce como Embajada Iwakura, (Izumi, 2019) y tras su viaje concluyeron que era primordial para Japón ser económica y militarmente independientes, así como la necesidad de enfocar las políticas nacionales hacia un desarrollo del país a largo plazo y a todos los niveles. Es por ello por lo que se hizo imperativo el proceso de industrialización del país a marchas forzadas, estrechamente vinculado a la militarización del país, esfuerzo al que la totalidad de la población japonesa debe contribuir. (Izumi, 2019) Los japoneses afrontaron este reto con optimismo, al ser conscientes de los veloces y repentinos cambios producidos en estas grandes potencias en los últimos 50 años, demostrando que era posible industrializar un país en poco tiempo.

Desde 1868, año de la Restauración Meiji, a 1894, se producen los principales cambios institucionales y sociales que permitirán a Japón ser competitivo en el panorama internacional. El principal objetivo de todos estos procesos era el de convertir lo más rápidamente posible a Japón en una nación “civilizada” según los

estándares occidentales para, de esta manera, poder sostener unas relaciones internacionales lo más equitativas posibles con el resto de potencias. Siguiendo esta línea, adoptarán el código legal francés, así como las instituciones y el modelo de ejército prusiano con el objetivo de impresionar a occidente. (Matsumara & Benson, 2001, págs. 83-84)

Como hemos visto, el principal objetivo del Gobierno Meiji era alcanzar el nivel de desarrollo económico y militar occidental, para lo que sería necesario un Estado altamente centralizado capaz de movilizar sus recursos, tanto materiales como humanos, para la consecución del mismo.

Al ser la primera nación asiática en aceptar el orden internacional occidental, la ventaja competitiva respecto al resto de naciones de Asia Oriental aún reticentes a la presencia extranjera se hace patente. El primer Ministerio de Asuntos Exteriores japonés se establece a en este periodo que rápidamente comenzará a proponer tratados de comercio desigual basados en la nueva ley internacional implantada por las grandes potencias occidentales. Se buscarán principalmente tratados con China y Corea, las grandes potencias regionales, las cuales rechazarán ante la inequidad de estos y porque Corea era un Estado tributario de China, lo que implicaba que ninguna de estas naciones reconocía la autoridad del emperador japonés en relación a la del emperador chino. (Pyle, 2007, pág. 73)

En 1876 se firma el Tratado de Ganghwa entre Japón y Corea, según el cual, el primero forzaría al segundo a abrir sus puertos al comercio japonés, impondrá sus propias leyes en el territorio y exigirá su independencia del gigante chino a todos los niveles, un tratado a imagen y semejanza de los impuestos a Japón por parte de Occidente desde el aperturismo. (Matsumara & Benson, 2001, pág. 65)

En 1879 se incorporan a Japón las islas Ryūkyū, tradicionalmente tributarias tanto de China como de Japón en función de la época, revelando la estrategia expansiva japonesa en la región emulando al imperialismo occidental. (Matsumara & Benson, 2001, pág. 66)

En el año 1894, una vez el país ha culminado todas las reformas estructurales pertinentes en un corto espacio de tiempo y juega bajo las reglas occidentales internacionales, las autoridades Meiji procederán a revisar los tratados desiguales firmados durante la época final del gobierno de los Tokugawa, previa a la Restauración Meiji, con las potencias occidentales, de manera que les permita relacionarse con éstas internacionalmente en igualdad de condiciones. (Roberts, 1998, pág. 53)

Esta revisión de los tratados firmados entonces permitirá a Japón superar el estatus de semicolonias al que el país se veía sometido, unos tratados basados en la extraterritorialidad de su política exterior y el control arancelario por parte de otras potencias. Esta transición solo será tolerada por las grandes potencias occidentales si el país transforma sus instituciones bajo el prisma occidental, como efectivamente hizo, vinculando estrechamente de esta manera la política interior y exterior del país. A finales de ese mismo año de 1894, las grandes potencias occidentales reconocen a Japón como un igual, poniendo fin a los tratados desiguales que tanto dañaban el orgullo y la economía japonesa. (Pyle, 2007, págs. 74-75)

Dos semanas después de este reconocimiento del país como nación independiente en toda regla, Japón declara la guerra a China (1894-1895), obteniendo su recientemente reformado ejército imperial una contundente victoria. La estrepitosa derrota china ante el ejército imperial japonés pondrá de manifiesto la debilidad del antaño poderoso Imperio Chino en los nuevos tiempos y situará a Japón como una nueva potencia imperialista dentro del orden internacional, a imagen y semejanza de las grandes potencias occidentales que pretendía emular, redefiniendo de esta manera completamente el balance de poder regional. (Zachman, 2009, pág. 31)

De esta manera, mediante la aplicación de los términos de la “ley internacional occidental”, Japón pondrá fin a siglos de dominación china en Asia Oriental, acabando con el sistema sinocéntrico en la región. (Zachman, 2009, pág. 32)

3.2. El imperialismo Meiji

Una vez terminadas las reformas estructurales Meiji y en un contexto internacional en el que el Imperio Británico irá perdiendo gradualmente su poder hegemónico por el surgimiento de nuevas potencias imperialistas, se comienza a percibir un clima de competencia internacional extrema entre las naciones más poderosas, produciéndose un cambio de equilibrio en el poder mundial. Si antes el poder mundial se mantenía en un equilibrio constante amparado bajo la hegemonía comercial británica, a comienzos del s. XX este equilibrio cambiará, entrando en una fase internacional conocida como “Nuevo Imperialismo”. (Pyle, 2007, pág. 80) La producción industrial británica será sobrepasada por potencias como Estados Unidos y Alemania, que a su vez despuntarán en investigación e innovación, dando comienzo a la carrera por la supremacía en el ámbito internacional y en la cual, el nuevo Estado japonés se convertirá en un participante de pleno derecho.

Las motivaciones y objetivos de Japón en sus relaciones internacionales se mantienen en la misma línea ante esta nueva tesitura internacional del “Nuevo Imperialismo”. Una vez han conseguido ganarse el respeto de las grandes potencias mundiales procederán a tratar de situar al país entre las naciones más poderosas del mundo; el gran objetivo exterior. (Beasley, 1987, pág. 22)

Antes de la Restauración Meiji, Japón nunca había sido una potencia expansionista; exceptuando el breve intento de invasión de la península de Corea bajo el mandato de Hideyoshi Toyotomi en el s.XVI, las interacciones japonesas con el exterior fueron mínimas. La práctica totalidad de la experiencia militar japonesa se basaba en guerras internas entre distintos señores, con los mismos códigos de honor y las mismas normas militares, por lo que su conocimiento de la diplomacia y guerra moderna a nivel internacional era inexistente. (Celarent, 2014, págs. 1920-1922) Es por esto por lo que este nuevo imperialismo Meiji, en sus inicios, se basó en una estrategia de defensa y prevención, más que una estrategia puramente expansionista; esta estrategia se veía a su vez influenciada por el hecho de tratarse de una nación de desarrollo tardío y que se estrenaba como actor en el panorama internacional. (Pyle, 2007, pág. 82)

En este sentido, el rápido desarrollo –y adaptación– de Japón emulando a las potencias occidentales lo sitúa en una posición de fuerza en el ámbito regional, al encontrarse el resto de las naciones de Asia Oriental comparativamente atrasadas institucional y militarmente.

A finales del s.XIX los antiguos regímenes de Corea y China se encontraban acosados por movimientos revolucionarios, hecho que provocaba alarma en Japón ante la posibilidad de crearse una tendencia revolucionaria frente a los gobiernos tradicionales en la región, lo que dejaría vía libre a las potencias occidentales para establecerse en la zona y ejercer su influencia. Esto supondría un peligro geopolítico para el país, ya que al siempre presente riesgo militar se sumaría la necesidad japonesa de mantener el flujo de materias primas y los mercados de Asia Oriental para sustentar su nueva economía. Por tanto, lo que impele al Gobierno japonés a actuar de una manera expansiva o imperialista será una motivación defensiva cuya finalidad última será la de mantener la seguridad e independencia geopolítica de su territorio insular. (Hilldrups, 2006, págs. 4-5)

Por supuesto, este modelo de actuación en el ámbito internacional se encontraba a su vez motivado por presiones internas; los líderes Meiji tratarán de desplazar la influencia china sobre la península coreana, así como la influencia del Imperio Ruso en Manchuria, estableciendo que la seguridad del territorio japonés pasa por evitar que la península de Corea pase a ser controlada por un tercero. Con esto en mente, el gobierno japonés procedió a la militarización del país siguiendo la estrategia preventiva en la política exterior japonesa; no bastará con defender las propias fronteras, sino que deberán anticiparse a posibles movimientos enemigos mediante el establecimiento de su influencia en los territorios colindantes, lo que implica ejercer su control sobre la península más cercana; la de Corea y el territorio de Manchuria. (Hilldrups, 2006, págs. 6-7)

En 1894, Japón declarará la guerra a la China de los Qing por el control de Corea, consiguiendo derrotar en un año al antaño glorioso Imperio Chino. Esta victoria se escenifica en el Tratado de Shimonoseki (1895), según el cual, China cederá el control de la isla de Taiwán, la península de Liaodong al norte de Corea y

el control de la península coreana sobre la cual Japón establecerá un protectorado; a su vez, el tratado establece numerosas concesiones comerciales muy favorables para Japón. Este creciente poder –e influencia japonesa– en la región no será visto con buenos ojos por el resto de las potencias imperialistas que verán peligrar sus intereses en la zona. (Beasley, 1987, págs. 81-82) Por ello, en abril de 1895, en lo que se conoce como la Triple Intervención, Alemania y Francia encabezadas por Rusia, exigirán la devolución de los territorios anexionados al Imperio Japonés según el Tratado de Shimonoseki; ante la imposibilidad de hacer frente a las tres grandes potencias unidas, Japón cederá a sus demandas, siendo la península de Liaodong anexionada por el Imperio Ruso poco tiempo después. Ante semejante humillación internacional, Japón comenzará a prepararse para el inevitable conflicto con Rusia. (Pyle, 2007, pág. 79)

3.3. Las lecciones aprendidas y el avance japonés

A pesar del éxito inicial de la primera expedición internacional japonesa de corte imperialista, la intervención de la coalición capitaneada por Rusia supuso un duro golpe al orgullo nacional japonés; aun así, este varapalo internacional no impide que Japón extraiga una valiosa lección sobre cómo funciona la política internacional, la política del poder. Los líderes japoneses concluyen que la principal causa de este fracaso ha sido el aislamiento internacional japonés, lo que le hacía vulnerable ante el resto de las potencias; frente a esta revelación, el cuerpo diplomático japonés comenzará a trabajar en una sólida política de alianzas que se consolidará con la alianza anglo-japonesa de 1902, estableciendo que el Imperio Británico apoyará militarmente a Japón siempre que este se vea atacado o amenazado por más de una potencia. Este tratado supone el primer pacto internacional firmado en igualdad de condiciones entre Oriente y Occidente y representará un éxito total de la diplomacia japonesa, sentando su política de alianzas basada en alinearse siempre con la nación más poderosa del momento, una estrategia internacional de alianzas que Japón ha seguido escrupulosamente hasta el día de hoy. (Pyle, 2007, págs. 82-83)

Con la alianza con los británicos, Japón reforzará su posición de cara al inminente conflicto con Rusia por la hegemonía regional; este conflicto dará

comienzo en febrero de 1904 con el ataque sorpresa japonés a la flota rusa atracada en Port Arthur y que se saldará con una aplastante derrota rusa que granjeará a Japón un enorme reconocimiento internacional. Esta gran victoria, la primera de una nación oriental sobre un imperio occidental en la época moderna, afianzó el poder regional japonés, restaurando su honor nacional mediante la expulsión de los rusos en Asia oriental. (Beasley, 1987, págs. 157-158)

El Imperio Japonés, incentivado por esta gran victoria, continuará con su política de control regional anexionándose la península de Corea en 1910. En un principio, las potencias occidentales vieron con buenos ojos cómo una potencia apenas surgida como actor en el tablero internacional había conseguido poner contra las cuerdas al Imperio Ruso y poner fin a sus políticas imperialistas en la región, lo que facilitaría sus propias pretensiones en Asia; pero con la anexión japonesa de Corea, comenzarán a mirar con recelo el expansionismo japonés, especialmente los Estados Unidos con Theodore Roosevelt a la cabeza. (Pyle, 2007, págs. 85-86)

Los objetivos que los líderes Meiji habían planteado para las relaciones y política exterior japonesas; adquirir posiciones estratégicas extraterritoriales como parte de su estrategia de seguridad preventiva mediante la expansión de su influencia por los territorios colindantes, el fin de los tratados desiguales con otras potencias, así como aspirar a igualar el poder e influencia de las grandes potencias occidentales, se habían finalmente cumplido, pero las ansias expansionistas difícilmente podían ser calmadas una vez obtenida la victoria. (Hilldrup, 2006, pág. 10)

Esto creará en los líderes japoneses un gran dilema en lo que a su política exterior y relaciones internacionales se refiere; por un lado, Japón podría conformarse con ser una nación de tamaño medio, con una estructura política, económica y comercial consolidada manteniendo de esta manera el estatus quo regional, mientras por otro lado, podría aprovechar el impulso expansionista y aspirar a convertirse en la potencia hegemónica que llegue a dominar todo Asia Oriental mediante su transformación en una superpotencia militar. (Beasley, 1987, pág. 185) Este dilema se verá resuelto gracias a la presión de sectores no pertenecientes propiamente al gobierno; el creciente nacionalismo alentado por las autoridades

Meiji se verá espoleado por las dos grandes victorias de 1895, contra el Imperio Chino, y 1905, contra el Imperio Ruso, por lo que un gran sector de la sociedad abogará por la grandeza internacional de Japón a través de un expansionismo de corte militarista, apoyados por los militares que cada vez tendrán más influencia en la política exterior del país. (Stronach, 1995, págs. 172-173)

El caso japonés resulta curioso puesto que no se trataría de un expansionismo motivado únicamente por el deseo de incrementar su poder internacional, sino que se vería impelido a su vez por una sensación de inseguridad que persiste desde el aperturismo de mediados del s. XIX, creando una curiosa dicotomía que se retroalimenta en sus aspiraciones exteriores. Finalmente, las presiones de sectores militares y nacionalistas de la sociedad japonesa inclinarán la balanza a favor de convertir a Japón en una potencia militarista y expansionista. (Hilldrup, 2006, pág. 7)

4. EL ESTATUS ENTRE NACIONES

A medida que los objetivos nacionales iniciales en materia exterior se van alcanzando, la inseguridad que los líderes nipones sienten respecto a la vulnerabilidad de la nación irá en aumento, puesto que aumentar su poder internacional implica la apertura de nuevos frentes, tanto políticos como territoriales; entrarán de esta manera en una espiral en la que para paliar la inseguridad que los japoneses sienten, necesitarán aumentar su poder internacional, lo que a su vez conduce a nuevas amenazas e inseguridades, y así sucesivamente.

A pesar de la variedad de objetivos en materia de política exterior marcados por el Gobierno Meiji que hemos visto anteriormente, y que han conseguido cumplir con éxito, durante este primer periodo de las relaciones internacionales japonesas la totalidad de su política exterior se engloba dentro de un principio fundamental: hacer de Japón una potencia mundial de primer orden, reflejando la extrema importancia del estatus entre naciones para la mentalidad japonesa, siendo un fiel reflejo de la

importancia del estatus dentro de su propia sociedad. Ninguna otra nación asiática puso tanto empeño y determinación en igualar –e incluso superar– a las grandes potencias occidentales, llegando a convertirse esta determinación en una obsesión nacional.

Los líderes japoneses asentarán su estrategia de continua obtención de estatus internacional en tres pilares básicos internos: trabajo duro, unidad nacional y sacrificio; tres valores que tendrán su origen en esta época con un objetivo claro, y que formarán parte intrínseca de la sociedad y la idiosincrasia japonesas hasta la actualidad. Los sorprendentes y rápidos avances en reformar el país hacia una nación avanzada y moderna en tan poco tiempo, con el fin de situarse como una de las grandes potencias mundiales durante el s. XX, no tendrán tanto que ver con su poderío económico e industrial, sin duda nada desdeñable, pero aún incapaz de competir directamente con las grandes potencias de occidente. De hecho, su tasa de producción industrial entre 1860 y 1938 creció apenas un 1%, situándose en un 3.8% del P.I.B japonés en 1938 (Pyle, 2007, págs. 117-118), muy por debajo de países como Francia, Alemania o Inglaterra. Con estos datos, ¿cómo se puede entonces explicar el rápido ascenso japonés hacia la elite mundial en tan corto periodo de tiempo? La respuesta se encontraría en la capacidad de sus líderes de galvanizar la determinación de toda una nación en la consecución de este supremo objetivo de la política exterior japonesa. El Estado, de esta manera, consigue aunar patriotismo con trabajo duro y disciplina férrea, para lo que la tradicional cultura nipona del “bushido” o “camino del guerrero”, la disciplina y el sacrificio heredados de la cultura samurái, será de gran ayuda (Swale, 2009, pág. 179). A pesar de carecer, en gran medida, de ideas universales y principios abstractos característicos de las culturas influenciadas por las grandes religiones monoteístas, los japoneses sí que poseen ciertas ideas sobre la identidad nacional y una particular concepción social, que serán determinante para comprender su comportamiento internacional. (Akagawa, 2015, págs. 118-119)

4.1. Metas nacionales: estatus, honor y prestigio

Como hemos visto, el poder internacional resultaba una obsesión para el gobierno Meiji; pero debajo esta obsesión, que en apariencia puede resultar bastante simple, en realidad subyacen conceptos más complejos. La búsqueda de poder internacional, sin duda, obedece a la estrategia defensiva de una nación vulnerable que pretende extender su influencia regional para prevenir posibles agresiones de las naciones vecinas, pero no es el único motivo. Debajo de esta estrategia lógica y en apariencia simple dedicada a proporcionar a Japón la dignidad y el reconocimiento internacional como potencia de primer orden, subyacen una serie de conceptos inherentes a la sociedad japonesa y a su particular idiosincrasia: las ideas del honor, el estatus y el prestigio, que serán fundamentales para entender el comportamiento internacional japonés (Pyle, 2007, pág. 130). Como veremos, estos tres conceptos son de vital importancia dentro de la sociedad japonesa, por lo que, extrapolándolos al contexto internacional, serán fundamentales en la concepción de sus relaciones internacionales.

Durante el pacífico reinado de los Tokugawa (1603-1867), bajo cuyo shogunato se produjo la última y definitiva unificación del Japón⁶, la belicosidad y los aspectos violentos de la cultura samurái fueron reacondicionados hacia el virtuosismo en la servidumbre al señor. De esta manera, la fuente primaria del honor pasó de ser las hazañas bélicas, al estatus y la posición dentro de una elaborada y altamente jerarquizada estructura de poder basada en una serie de estrictas normas de conducta de acuerdo con el rango que el individuo ostente en esa jerarquía. Para hacernos una idea de la complejidad jerárquica y normativa que existía en la sociedad japonesa, solo en Nakatsu, un pequeño dominio de la isla de Kyushu con apenas 1.500 samuráis, se documentan hasta 70 distinciones de rango entre estos mismos. (Celarent, 2014, págs. 122-123)

⁶ Existieron en Japón otros dos periodos de unificación nacional: el shogunato de Nobunaga Oda (1534-1582), el de Hideyoshi Toyotomi (1537-1598) y finalmente el de Tokugawa Ieyasu (1603-1868) (Gordon, 2003)

Esta herencia de la cultura samurái, unida al creciente nacionalismo implantado en la era Meiji, crea una dinámica en las relaciones internacionales japonesas en la que el honor y la reputación internacional serán más importante aún que en el resto de los actores internacionales.

La importancia en la cultura del honor japonesa de adquirir una reputación internacional basada en el poder será fundamental, ya que conlleva la obtención del consiguiente respeto por parte del resto de naciones y se traduce en prestigio nacional. (Hilddrup, 2006, pág. 10) Con las contundentes victorias sobre China y Rusia-especialmente sobre esta última al tratarse de una potencia occidental y ser la que ultrajó a Japón anexionándose los territorios perdidos por éste, el prestigio internacional japonés experimentará un súbito ascenso, siendo reconocido su poderío como nación por primera vez en la comunidad internacional. Estas victorias marcaron además un hito en Japón, ya que devolvieron ese honor perdido anteriormente con la devolución de los territorios ganados a China por presiones occidentales; un honor que, según la concepción japonesa del mismo, se traducirá en el reconocimiento de su estatus y de su poder; en definitiva, se traducirá en prestigio.

La relevancia del prestigio internacional, recién obtenido por Japón, radica en que una nación que disfrute de un elevado prestigio podrá conseguir sus objetivos sin necesidad de esgrimir su poder de facto, puesto que este será ya reconocido por el resto de naciones. (Pyle, 2007, pág. 112) Esto explica el porqué de la obsesión japonesa con el prestigio internacional, al ser conscientes de que el recientemente implementado poderío militar del ejército imperial japonés no puede hacer frente a los avanzados ejércitos occidentales, de manera que un elevado prestigio internacional haría que pueda satisfacer sus pretensiones regionales sin la intervención de grandes potencias de occidente. (Hook, 1996, pág. 32)

4.2. Construyendo una identidad japonesa

Para conseguir esa rápida adaptación del sistema feudal japonés a los modelos occidentales más avanzados dominantes, las autoridades Meiji pondrán en riesgo su

tradicional identidad cultural, en aras de recuperar la independencia japonesa, entendida ésta como la no supeditación de su política a los intereses de otra nación, como ocurrió con los tratados comerciales desiguales impuestos por occidente durante el aperturismo.

Se crea entonces un dilema dentro de las élites sociales japonesas entre la adopción del modelo occidental, o mantener sus antiguas y tradicionales estructuras de Estado defendido por las élites más conservadoras, puesto que adoptar las estructuras y el modelo de gobierno occidental supondría el reconocimiento implícito de la superioridad de la civilización occidental, algo intolerable para el conservadurismo japonés. (Swale, 2009, pág. 12) Este dilema ofrecerá dos alternativas a las autoridades niponas: adoptar la cultura occidental a riesgo de perder su propia identidad cultural en el proceso para garantizar la independencia de la nación y su autonomía cultural o, por el contrario, mantenerse anquilosados en su tradicional sistema de gobierno con la consiguiente sumisión a los poderes occidentales. Esto resulta paradójico puesto que el desarrollo pretendido por el Gobierno está destinado a hacer valer la nación japonesa en el mundo, lo que implica reivindicar su cultura y civilización. A ese dilema se enfrentan los líderes Meiji, que deciden primar el desarrollo económico, político e industrial, para luego poder centrarse en la recuperación de esa identidad cultural, considerando que la primera opción era condición indispensable para la supervivencia de la segunda en un mundo hostil.

A pesar de que finalmente el gobierno Meiji opte por priorizar la adaptación al sistema internacional occidental, los japoneses seguirán emocionalmente ligados a sus tradiciones y costumbres. (Celarent, 2014) Para compensar esta disminución del sentimiento y valores nacionales al adoptar los usos y costumbres occidentales, las autoridades esgrimieron un gran poder militar exterior que hizo aflorar ese orgullo nacionalista y recuperar la identidad cultural japonesa. (Pyle, 2007, pág. 117) La nueva identidad nacional japonesa se construye en base a los valores históricos tradicionales de su civilización, adaptados a los intereses de las nuevas políticas Meiji. El éxito militar japonés atrajo el interés de la comunidad internacional, pero

no su respeto como potencia y el trato igualitario (Beasley, 1987), ya que seguirán viendo a los nipones como una nación que se limita a emular a las grandes potencias occidentales, achacándoles una falta de autenticidad como civilización que repercute directamente en la concepción internacional de la misma.

Debido a esta visión occidental de la estrategia de emulación japonesa, una vez se han establecido las bases de un Estado moderno, las autoridades niponas procederán a crear de nuevo una fuerte identidad japonesa (Akagawa, 2015) que estimule a la sociedad en aras de la obtención de los grandes objetivos internacionales Meiji, así como hacer ver al resto de potencias que el Imperio Japonés es poseedor de una cultura y civilización propias y dignas de respeto.

En un mundo dominado por el “darwinismo social”, con una concepción del poder internacional basado en el grado evolutivo de las distintas sociedades que componen el panorama mundial, los japoneses comienzan a implementar el término “raza” a su retórica nacionalista e imperialista. Al introducir la raza en la ecuación nacionalista, el Gobierno japonés trata de evitar poner en riesgo el discurso patrio por la manifiesta superioridad a todos los niveles de la civilización occidental, alegando que la grandeza nacional está vinculada a la raza japonesa, independientemente del grado de desarrollo puntual de su civilización. (Pyle, 2007, págs. 131-132)

Irónicamente, amparándose en el auge de los nacionalismos característicos de finales del s. XIX y principios del XX, se comienza a dar un mensaje similar desde la perspectiva occidental, comenzándose a ver a los japoneses con cierto recelo y desconfianza. En el caso japonés, su concepto de “raza” será construido sobre la noción de *uchi*⁷ y de *soto*⁸, unos conceptos que, basados en la importancia de la pertenencia grupal y el colectivismo dentro de su cultura, serán claves en la constitución jerárquica y las interacciones verticales⁹ japonesas. Con el termino *uchi*

⁷ Se traduce literalmente como “dentro”.

⁸ Se traduce literalmente como “fuera”.

⁹ En el sentido de ausencia de igualdad, ya sea por raza, genero, estatus o edad.

se hará referencia a la casa, la familia¹⁰, el grupo; por lo que se denominará así a los miembros más cercanos, aquellos que pertenecen al grupo y, por tanto, dignos de un trato más cercano. Por el contrario, el *soto* se referirá a todos aquellos que, si bien conocidos, son ajenos a ese grupo y por tanto no merecedores del mismo trato (Wierzbicka, 1991), lo que en la concepción racial japonesa implicaría al resto de razas. Por su parte los *tanin* serían aquellos ajenos al grupo, pero además desconocidos, siendo socialmente aceptada la indiferencia hacia ellos. Todas las interacciones japonesas dependerán de la pertenencia o no al grupo, lo que, extrapolado a sus relaciones internacionales, se traduce en la necesidad de pertenecer al *uchi* o grupo dominante a nivel mundial representado por los países occidentales; solo así podrán ser tratados como iguales.

A su vez, el desprecio que mostrarán hacia el resto de naciones asiáticas estará legitimado en su no pertenencia al *uchi* racial, considerándolos *tanin*¹¹ al no haber entablado nunca relación con ellos. Esta concepción de los *tanin* a nivel internacional legitima socialmente cualquier acto despectivo hacia ellos, lo que explica gran parte del comportamiento regional japonés durante el expansionismo regional. La idea de pertenencia grupal será la base de la concepción racista y supremacista japonesa, una visión que aún se mantiene en la actualidad.

Como hemos visto, su estrategia exterior desde la apertura Meiji se encuentra supeditada a la supervivencia de Japón como nación y a su seguridad internacional. Para conseguirlo, será necesario alcanzar una superioridad tanto militar como económica respecto a otras potencias, especialmente aquellas de su entorno, optando por la movilización del país al completo en la consecución de los objetivos nacionales en materia exterior establecidos por el Gobierno: poder, estatus y honor.

Los japoneses descubrieron que una gran potencia a nivel mundial no llega a ser tal solo mediante sus éxitos militares. (Hook, 1996) Primero, el imperio japonés procederá a implantar toda la estructura correspondiente a un Estado moderno,

¹⁰ En el caso de la familia el término que utilizan es *miuchi*, un grado de cercanía más elevado que el *uchi*.

¹¹ Traducido como "desconocidos"

tomando como ejemplo los Estados occidentales, estableciendo ese objetivo común a la población, la cual se movilizará en su totalidad a tal efecto buscando el bien común característico del colectivismo confuciano. Es por ello, que este objetivo común se transmite a la población en unos términos que ésta pueda comprender, forjando una ideología de corte ultranacionalista que motiva al pueblo y lo dota de una identidad cultural propia.

Para imprimir este carácter nacionalista en la sociedad, las autoridades japonesas comienzan a adoptar lo que se conoce como “tecnología del nacionalismo”; (Stronach, 1995) esta estrategia consiste en inventar tradiciones o adaptar otras ya existentes para dirigir el sentir popular hacia la institución imperial, restaurando el antiguo lenguaje de lealtad y honor, la obligación de todo ciudadano con su nación, así como el respeto absoluto a la autoridad. De esta manera se reformulan ideas, instituciones y símbolos culturales del pasado para forjar el Japón del futuro basado en una fuerte identidad nacional, (Akagawa, 2015, págs. 37-38) uniéndose así a la dinámica nacionalista que comienza a aparecer con el auge de los fascismos en Europa a principios del s. XX, que siguen la misma fórmula.

Esta dinámica estatal elabora el concepto de “Estado familia”, una idea que establece al Estado como único benefactor del ciudadano; el Estado procura mientras que, a cambio, el ciudadano obedece y aporta su fuerza de trabajo al esfuerzo estatal. El caso japonés es único en el mundo por su concepción confuciana de la familia, de tipo *kinship*, con una estrecha relación entre sus miembros y con los antepasados, así como un profundo respeto a los mayores; en este caso, el cabeza de familia será representado por la figura del emperador, como miembro de una dinastía imperial cuyo linaje descende de la propia Diosa del Sol *Amaterasu*¹². (Jenike & Traphagan, 2009, pág. 245) Este estado familia se verá sustentado a su vez por el principio de armonía social o *Wa* que rige la sociedad japonesa y que podríamos definir como la imperiosa necesidad de mantener la armonía del grupo. Esta armonía será fundamental en las relaciones intergrupales y se recurrirá a cualquier medio para salvaguardarla, tratando siempre de prevenir el conflicto. (Wierzbicka, 1991) Esta

¹² El linaje imperial se considera descendiente de la diosa *Amaterasu*.

concepción de armonía social y evasión del conflicto ofrece una poderosa arma a las autoridades Meiji para unificar el pensamiento nacional y evitar cualquier conato de disensión.¹³

Esta necesidad de armonía social, junto con la visión de pertenencia grupal japonesa constituirán las bases del ultranacionalismo japonés que imperará a lo largo de su historia contemporánea.

Todos estos principios del nuevo Estado Meiji se plasmarán en la Carta Imperial de Educación, que guiará el pensamiento y la vida japonesa durante todo el s. XX, y que tendrá su impacto en su comportamiento exterior. Los principales puntos ideológicos de esta carta son los siguientes:

- Las relaciones interpersonales estarán basadas en el modelo confuciano; la unidad familiar será de tipo *kinship*, el colectivismo primará sobre cualquier tipo de pretensión individual y la autoridad caerá sobre la figura masculina a todos los niveles sociales y de mayor a menor edad, con el fin de que prevalezca la armonía (*Wa*) en base a las estrictas relaciones verticales japonesas.
- La modestia y la moderación a nivel personal guiará el proceder de todo ciudadano japonés, el *rei* o culto a las formas¹⁴.
- Se establece el respeto absoluto a la Constitución Meiji aprobada en 1890, así como a las leyes y, ante todo, al Trono Imperial.

Estos conceptos establecidos en la carta se irán impartiendo en todas las escuelas japonesas ya desde finales del s. XIX, inculcando la ortodoxia japonesa en los jóvenes estudiantes y ayuda a comprender el comportamiento japonés, tanto a nivel nacional como internacional. (Pyle, 2007, págs. 125-132)

¹³ Los japoneses nunca expresarán abiertamente disconformidad en aras de salvaguardar el *Wa*, ese tipo de actitudes romperían la armonía.

¹⁴ El *rei* será el culto a la cortesía y el protocolo

Yamagata Aritomo, principal estratega de la política internacional japonesa de la época enfatiza en la importancia de la educación para la consecución de los grandes objetivos nacionales establecidos por el Gobierno Meiji. Este creó, más allá de la educación en las escuelas, organizaciones juveniles, asociaciones de veteranos, secciones femeninas y plagó las ciudades de santuarios sintoístas, todo ello orientado a afianzar en la mentalidad colectiva japonesa ese sentimiento de unidad e identidad nacional tan necesario para su estrategia internacional, dotando así al Estado de un aura de santidad que inhiba cualquier tipo de disidencia o desacuerdo con sus políticas. (Stronach, 1995, págs. 99-100)

Observamos por tanto un claro paralelismo en la manera de actuar del Estado japonés con los fascismos europeos de principios del s. XX, lo cual no es de extrañar, puesto que las ideas de Estado fuertemente centralizado, en cierta manera paternalista y con un fuerte sentimiento de orden, ley y control sobre la población, encaja a la perfección con el ideario japonés y la idea de Estado de las autoridades Meiji. El destino imperial japonés se convierte en el nexo entre las autoridades y el pueblo a la hora de interpretar el mensaje ultranacionalista que emana de las altas esferas.

4.3. Las heridas psicológicas

La impotencia de Japón ante la imposición del aperturismo de su economía por parte de potencias occidentales mucho más poderosas y avanzadas crea en el subconsciente japonés una herida psicológica al ser conscientes de su verdadera posición en el contexto internacional. El escritor Natsume Soseki observa que Japón, en el proceso de occidentalización e industrialización, comienza a perder su identidad nacional, su autonomía cultural, en contraste con Occidente, donde la industrialización surge de manera natural, fruto de un proceso de evolución social. (Akagawa, 2015) En Japón, sin embargo, este proceso se ve impelido y determinado por fuerzas externas que amenazan con borrar su identidad como nación, por lo que se verán obligados a adoptar una civilización que les es por completo ajena.

La civilización japonesa siempre ha estado determinada por su propia concepción del mundo, un mundo que en la práctica se limitaba al archipiélago que conforma la nación, pero esto cambiara drásticamente con la llegada de Occidente, pasando de ser un país centrado en su política interior a condicionar toda su política a motivaciones externas, a sus relaciones internacionales. El poderío occidental hace que sean los japoneses los que tengan que imitar sus costumbres y no a la inversa, lo que supone un duro golpe para la sociedad japonesa, fuertemente orgullosa y con su particular sentido del honor.

Como resultado, y debido a la gran importancia del estatus y la dignidad en el todavía imperante y estricto código de honor de los japoneses, se crea una profunda herida psicológica en la psique colectiva difícil de superar, condicionando sus actos internacionales. Se observa por tanto la colisión de dos valores: la persecución última de poder en el ámbito internacional con el objetivo de establecer una reputación y un estatus como nación a nivel mundial que situó a Japón como potencia de primer orden, asegurando así su supervivencia e independencia, choca directamente con los conceptos de honor y dignidad tan profundamente arraigados en la sociedad japonesa. La búsqueda de ese poder y prestigio internacional crea la sensación en los japoneses de pérdida de la autosuficiencia como nación, la pérdida de su autonomía e integridad cultural, (Celarent, 2014) cuando irónicamente es precisamente lo que se intentaba evitar buscando el desarrollo a través del proceso de occidentalización. Esto crea una curiosa dicotomía que tiene como resultado una tensión social que amenaza la contribución popular al gran plan nacional de las autoridades Meiji. (Swale, 2009)

La duda que asalta a los líderes japoneses es si realmente supondría un éxito para Japón igualar el poderío de las naciones occidentales a través de un proceso de occidentalización, ya que eso supondría el reconocimiento implícito de la superioridad cultural occidental; por lo que, para paliar en parte este sentimiento derrotista, el Gobierno se embarca en una serie de campañas militares con el objetivo de conseguir grandes victorias para el país que mitiguen este complejo respecto a Occidente de tal manera que se reafirme el poder y la superioridad de la civilización

japonesa en el mundo de cara a su población. (Hook, 1996) En el nuevo orden mundial, primará la ciencia y el racionalismo, conceptos totalmente ajenos a la civilización japonesa, y que tendrá que aprender rápido si pretende perdurar como nación. (Akagawa, 2015)

Al recelo de las potencias occidentales hacia el país se une la tradicional superioridad con la que dichas naciones han tratado a Japón desde el aperturismo, lo que se traduce en un aumento del malestar japonés y su concepción peyorativa de dichas potencias. El hecho de que cuando comienzan a despuntar económica, política y militarmente se les comience a tratar con desconfianza supone un duro golpe para la psique colectiva japonesa. (Pyle, 2007, pág. 60) Esto hace aflorar de nuevo ese resentimiento hacia occidente que comenzó a fraguarse aquel día de julio de 1853, cuando el comodoro estadounidense Matthew Perry apareció con su flotilla en la bahía de Edo, obligando a Japón a unirse al sistema internacional bajo las reglas marcadas por Occidente, algo que los japoneses nunca llegaron a aceptar de buen grado, ya que eso implicaba devaluar su orgullosa y tradicional civilización; sus tradiciones y cultura. (Celarent, 2014)

Al percibirse esta desconfianza internacional en Japón, el gobierno reaccionará afianzando su política ultranacionalista mediante la fusión de nacionalismo exacerbado con su particular cultura del honor nacional y la jerarquía, usando el pretexto de los celos extranjeros hacia su cultura para reforzarla. (Stronach, 1995) Se hace de esta manera ver a la población que la única manera de enmendar los agravios internacionales que la nación sufre es trabajar unidos de acuerdo al plan Meiji de convertir a Japón en una gran potencia mundial que se haga respetar por sí misma.

El Gobierno, en términos de política internacional, pretende salir de la región asiática, es decir, desmarcarse de las atrasadas naciones asiáticas de su entorno y codearse con las grandes potencias occidentales que dominan el tablero internacional, buscando de esta manera su pertenencia de grupo en el panorama internacional, su *uchi*.

Las declaraciones del periodista e historiador, de ideología marcadamente nacionalista, japonés Tokutomi Soho, al ser preguntado durante los juicios posteriores a la Segunda Guerra Mundial por crímenes de guerra expresan a la perfección este sentir generalizado de la sociedad japonesa hacia Occidente. En ellas, Tokutomi trata de explicar los motivos que llevaron a Japón a comenzar la Guerra del Pacífico aun sabiéndose inferior en poderío militar a Occidente, estableciendo tres razones fundamentales: supervivencia, autodefensa y amor propio; declarando que la guerra fue una explosión de insatisfacción y descontento del pueblo frente a los abusos y el trato injusto de la comunidad internacional, especialmente de los grandes poderes occidentales, hacia Japón desde su apertura al mundo exterior hacía ya casi un siglo. (Pyle, 2007, pág. 112) Otro ejemplo que escenifica a la perfección el sentir del pueblo lo protagonizan las declaraciones del general Ishiwara Kanji durante esos mismos juicios, el cual explota ante el fiscal norteamericano cuando es impelido a justificar la agresión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial:

“¿No ha oído usted hablar de Perry?, ¿No sabe nada sobre su propia Historia? El Japón de los Tokugawa creía en el aislamiento, nada querían tener que ver con otros países, cerrando sus fronteras con tal fin, pero entonces llegó Perry desde su país en sus barcos negros y, apuntando con sus grandes cañones hacia Japón, obligó al país a la apertura al comercio y la influencia exterior bajo la amenaza de vérselas con sus cañones. Cuando Japón, obedeciendo a las demandas bajo amenaza del comodoro Perry, abrió sus fronteras y trató con el resto de los países, aprendió de todos ellos que los países con los que trataba suponían una amenaza para la independencia de japonesa como nación. Ante esta tesitura y en aras de su propia defensa, Japón tomó como referente a su nación (EE. UU.) y aplicó sus lecciones sobre cómo ser agresivo en el panorama internacional, por lo que se podría decir que somos sus pupilos, ¿por qué no traen a Perry del Otro Mundo y lo juzgan como un criminal de guerra?” (Peattie, 1975)

Esta declaración ofrece una visión del resentimiento japonés que perduró por un siglo después de la llegada del comodoro Perry y explica el sentimiento que los

impulsó a reformar completamente el país a marchas forzadas; no volver a sufrir una humillación semejante a manos de ninguna potencia exterior.

Si comparamos cómo han sido tratados otros países de su entorno por las grandes potencias imperialistas del momento, observaremos que no existe ninguna diferencia entre el trato recibido por el imperialismo occidental a Japón, respecto al resto de países de su entorno, con la diferencia de que únicamente Japón tenía desarrollado a un altísimo nivel los conceptos de orgullo y honor inherentes a su cultura.

Se crea por tanto un discurso victimista pero que retrata el sentir generalizado del pueblo japonés y cuán arraigado se encuentran los conceptos de la cultura del honor en la psique colectiva nipona.

A medida que los japoneses descubrían cuán vulnerable era su identidad y autoestima, más se enfocaban hacia una autonomía económica y política de la nación respecto a otras potencias para así defender su propia cultura frente al mundo que la amenaza. La autoestima y la dignidad colectiva se convierten en la bandera del gobierno Meiji. (Celarent, 2014)

5. LOS DESAFÍOS DEL NUEVO LIBERALISMO INTERNACIONAL

En agosto de 1914 dará comienzo la Primera Guerra Mundial, destinada erróneamente a ser “la guerra que acabaría con todas las guerras”. La Gran Guerra, sin embargo, supuso un impacto sin precedentes en la economía y sociedad occidental, llevándose por delante la vida de más de 60 millones de personas, una pérdida estimada de 300 mil millones de dólares en recursos occidentales y la caída de los Gobiernos de grandes dinastías ancestrales y sus imperios. Observamos por tanto como la guerra se convertirá en el principal mecanismo de cambio en el sistema internacional, siendo uno de sus grandes catalizadores a lo largo de la Historia. Las políticas nacionales internas sufrieron un abrupto cambio y el equilibrio de poder

entre las distintas naciones fue reconfigurado, dando lugar a una nueva lucha por la hegemonía mundial ante el debilitamiento del otrora indiscutible poderío internacional del Imperio Británico y de su sistema imperialista.

De esta manera, la Primera Guerra Mundial trajo consigo una reestructuración en el equilibrio de poder internacional que desplazó su eje desde el viejo continente hacia los Estados Unidos, el cual, al ver sus fronteras relativamente seguras y sin actividad bélica dentro de su propio territorio, pudo desplegar sin problemas su poderío industrial y económico a nivel mundial mientras las antaño poderosas potencias e imperios europeos se desangraban durante el conflicto que tenía lugar en sus propios territorios nacionales. Las exportaciones estadounidenses se cuadruplicaron durante los 4 años que duró el conflicto (1914-1918) y su hegemonía regional se afianzó, desestabilizando de esta manera el equilibrio y estabilidad que el sistema imperialista occidental basado en el modelo británico había creado en la región oriental asiática. (Dickinson, 2013, págs. 20-23)

A pesar de ser un conflicto en esencia europeo, la Gran Guerra tuvo sus repercusiones en Asia Oriental al cambiar el precario equilibrio de poder basado en el sistema internacional imperialista británico en el que se sustentaba la estabilidad regional. El 30 de julio de 1912, tras la muerte de su padre el emperador Meiji, el príncipe Yoshihito llega al trono dando comienzo a una nueva era conocida como Taishō¹⁵, bajo la cual Japón entrará en guerra contra Alemania dentro de su alianza con el Imperio Británico.

Para los japoneses, el debilitamiento europeo durante el conflicto mundial supuso una oportunidad para expandir su creciente influencia económica y territorial, aprovechando la coyuntura para entrar en nuevos mercados antes dominados por las grandes potencias europeas y fortalecer su presencia en el exterior. Haciendo gala de su característico oportunismo en política exterior, el ejército imperial se moviliza por el Pacífico y, amparado en su alianza con los británicos, comienza a apoderarse de los territorios alemanes en Asia que comprendían la península de Shāndōng, en la

¹⁵ Se traduce como "Gran Rectitud"

China continental, así como numerosas islas en el sudeste asiático pertenecientes a la región de la Nueva Guinea Alemana. (Beasley, 1987, pág. 197)

Este avance japonés por la región del Pacífico y su intento de consolidar su influencia sobre China provoca inmediatamente los recelos de la otra gran potencia resultante de este conflicto, los Estados Unidos, que poco pueden hacer ante la creciente tensión entre ambas potencias debido a la proximidad japonesa a los miembros de la Triple Entente, especialmente su alianza con los británicos.

Con la Paz de Versalles de 1919, se pondrá fin a 4 años de conflicto que darán como resultado una Europa devastada por la guerra y el ascenso a la élite internacional de dos nuevas potencias: Estados Unidos y Japón, dando comienzo a un antagonismo y rivalidad entre los dos poderes emergentes. La relación entre ambos países a partir de este momento determinará las relaciones internacionales japonesas hasta la actualidad.

5.1. Japón y el nuevo liberalismo internacional: el Sistema de Washington

En Versalles, los Estados Unidos harán valer su recientemente obtenida categoría de potencia de primer orden para imponer su agenda de manera que intentará establecer una nueva concepción del orden internacional de la mano del presidente norteamericano Woodrow Wilson con el fin de evitar otro conflicto armado de talla mundial: el liberalismo internacional, que supondrá un cambio significativo en las dinámicas de poder mundiales. (Dickinson, 2013, págs. 70-72)

La doctrina internacional del liberalismo en principio surge como alternativa teórica al realismo y, en contraposición a este, explora las posibilidades de un nuevo orden internacional basado en la cooperación pacífica entre las diferentes naciones y regido por el derecho. Las raíces de esta teoría se encuentran en el pensamiento de la filosofía liberal de autores como Locke, Mill o Kant, y se estructura en torno a las corrientes ilustradas propias del mundo occidental caracterizadas por la defensa de los derechos humanos, la libertad individual, el racionalismo y la democracia como

el sistema encargado de garantizar todo lo anterior, estableciendo para ello límites al poder. (Grasa, 2015, págs. 99-100)

Mientras que la teoría realista establece las relaciones internacionales como competitiva en esencia, como una relación entre Estados en la cual los conceptos de interés y seguridad nacional serán la base de sus interacciones, guiadas a su vez por el poder relativo de cada uno de ellos y el equilibrio del mismo (Pauselli, 2012), la doctrina liberal aboga por la cooperación en aras de un desarrollo internacional conjunto, evitando el conflicto directo entre naciones, todo ello arbitrado por estructuras supranacionales.

Para los japoneses esta nueva configuración del orden internacional no solo suponía un cambio radicalmente diferente a las normas y prácticas internacionales que habían asimilado y puesto en práctica durante el último siglo, sino que además no existía ni una sola referencia al respecto en su experiencia; dicho de otra manera, no hay ejemplos en la historia japonesa que se puedan extrapolar a este nuevo sistema.

A pesar de los recientes éxitos militares, las autoridades imperiales descubrieron que una gran potencia mundial no llega a ser tal únicamente por su riqueza o potencial bélico. La posición preeminente de una nación en el contexto internacional, y por tanto su estatus de gran potencia desde su propia percepción, así como desde la percepción del resto de naciones, vendrá determinado a su vez por sus propios logros culturales. (Dickinson, 2013, pág. 74) En el caso de Japón, esos logros culturales se verán mermados por el proceso de aculturación occidental acontecido bajo el Gobierno Meiji, por lo que deberán aprender a sobrevivir y prosperar en el nuevo orden internacional de corte liberal bajo su propia autonomía cultural, es decir: su propia visión social, su propia idea de gobierno e instituciones y sus propias normas, unas ideas en muchos sentidos radicalmente opuestas a las occidentales.

La visión pragmática de la política japonesa, cuyas raíces se encuentran, como hemos visto, en el pensamiento confuciano, hizo que abrazaran la escuela realista tras el aperturismo como modelo de referencia y establecieran sus preceptos

como base de sus relaciones internacionales. Por el contrario, la escuela liberal resultaba desconcertante para un pueblo extremadamente celoso de la jerarquía y las estructuras de poder, e imbuido durante el último siglo de un nacionalismo exacerbado, que vería como este nuevo modelo internacional amenazaba todos los logros y conquistas territoriales alcanzados durante los últimos años.

Japón, tras su victoria en la guerra y la anexión de numerosos territorios extrainsulares en el norte de China, Corea y Taiwán, experimentará por primera vez en su historia desde el aperturismo Meiji un superávit comercial derivado del aprovechamiento del vacío dejado por las potencias europeas en las distintas plazas comerciales asiáticas durante la Primera Guerra Mundial. Este superávit comercial supuso una importante inversión en industria durante la década de los 20 que se orientó principalmente a la producción de material bélico. (Iriye, 2016, pág. 39)

Esta orientación belicista de la producción industrial denota la poca seguridad del Gobierno imperial ante el éxito del nuevo orden mundial liberal orientado a la cooperación entre naciones y el pacifismo, dudando que realmente pueda servir a sus intereses. Desde la perspectiva japonesa, la concepción de las relaciones internacionales partía de la sencilla premisa de que una nación deberá asegurar ante todo los recursos estratégicos necesarios para su desarrollo, así como su propia seguridad nacional para que esta pueda prevalecer en un ambiente internacional por lo general hostil (Abad, 2019). Si cualquiera de estos dos preceptos entraba en conflicto con los intereses de otra nación, se generaría una dinámica competitiva que derivaría en una escalada militarista que resultaría en conflicto armado, donde prevalecerá la nación más poderosa.

La política exterior japonesa se regiría por la ley del más fuerte, donde éste impone sus condiciones y control al más débil, mientras crea una política de alianzas con los más poderosos para asegurar su supervivencia, extrapolando esa idea de darwinismo social a las relaciones internacionales. Es una visión puramente realista de las relaciones internacionales que Japón sufrió y aprendió a la perfección durante el aperturismo Meiji a manos de las potencias occidentales, y totalmente contrapuesta al nuevo liberalismo que se intentaba imponer en el mundo y que Japón no acababa

de asimilar. A pesar de todo, Japón deberá adaptarse, como ya hizo, a este nuevo modelo si pretende mantener su papel de actor preminente en el tablero internacional.

Todo el idealismo que se proyectaba en la doctrina del liberalismo internacional tras la Primera Guerra Mundial, y cuyo fin último era el de evitar otro conflicto armado multilateral a gran escala, cristalizó en la creación por parte del presidente Woodrow Wilson de la primera Sociedad de Naciones. Este órgano surge con el objetivo de preservar la paz mundial basada en la libre circulación de capitales y será el epítome de la doctrina liberal; una estructura supranacional que aunase a todos los Estados de manera que pudiesen resolver sus disputas parlamentariamente en lugar de bélicamente buscando un desarrollo conjunto a nivel mundial. (Abad, 2019)

Japón debería adaptarse o desaparecer como nación independiente, como expresa el político japonés Maruyama Kanji en 1914:

“Las tendencias mundiales requieren nuevas políticas, resistirse es como tratar de hacer correr el agua colina arriba” (Pyle, 2007, pág. 151)

En la misma línea se expresaría Hara Kei, el líder del principal partido de la Dieta japonesa en 1918:

“Nada es más propicio para las dificultades que el desconocimiento de las tendencias mundiales (jisei); nada es más esencial para un gobierno que seguir el jisei... Estar en una posición de poder y desconocer en qué dirección sopla el viento es muy peligroso” (Pyle, 2007, pág. 151)

Estas dos citas reflejan el pragmatismo, la adaptabilidad y el oportunismo que ha servido de base a la política exterior japonesa desde sus inicios, pero siempre supeditada a la consecución del gran objetivo de estatus internacional. A las autoridades japonesas no se les escapa la contradicción y la hipocresía que subyace en el nuevo sistema liberal internacional. Ante el temor del fracaso de la recién construida Sociedad de Naciones por la salida de países como Japón, Wilson permite a los japoneses quedarse con los territorios de Shāndōng y la Nueva Guinea Alemana

anexionados durante el conflicto anterior, vulnerando los principios antiimperialistas en los que se basaba el sistema liberal, enviando el mensaje de censura al imperialismo, pero de tolerancia ante los beneficios de dicho sistema obtenidos hasta el momento.

El Senado estadounidense rechazará desde el principio la idea de la creación de una Sociedad de Naciones en condiciones de igualdad, y establecerá las nuevas reglas de juego internacional con especial enfoque en Asia Oriental con el objetivo de poner freno a la expansión japonesa por la región estableciendo lo que se conoce el Sistema de Washington. El creciente militarismo y expansionismo japonés en la región no es visto con buenos ojos por los Estados Unidos, que buscará limitar a cualquier precio el poderío militar y naval japonés. Para ello, tanto los Estados Unidos como Gran Bretaña argumentan que, puesto que sus intereses son de carácter global, habrán de poseer una armada superior a la japonesa, cuyos intereses se circunscriben a la región asiática oriental, sumando el enésimo acto de desprecio al ya de por sí herido orgullo nacional japonés al ver su armada limitada siendo su principal arma por su carácter insular. (Iriye, 1999, pág. 32) En lugar de interpretar estos movimientos políticos occidentales como parte del juego geopolítico de poderes característico del panorama internacional, Japón lo verá como una afrenta más por parte de Occidente a la nación, algo que su elevada concepción del honor y el prestigio no podrá pasar por alto.

5.1.1. La diplomacia Shidehara

Como adalid de este característico pragmatismo japonés, Shidehara Kijūrō, diplomático japonés y ministro de exteriores hasta 1931, considerará que los intereses japoneses y la gran meta nacional solo podrán ser defendidos mediante una relación de cooperación con los Estados Unidos, la potencia dominante, lo que implica la aceptación del nuevo orden internacional liberal basado en el capitalismo y la interdependencia económica que promovía el gigante norteamericano. No en vano, el comercio estadounidense suponía un 40% de las exportaciones japonesas en los años 20, convirtiéndose en su principal socio comercial, haciendo que bajo el

mandato de Shidehara, la política exterior japonesa se orientase al desarrollo económico y la cooperación internacional. (Schlichtmann, 2009, pág. 47)

Shidehara era consciente de que la política japonesa en China no era vista con buenos ojos en la comunidad internacional, optando por dejar de lado la expansión asiática para facilitar la aceptación japonesa en el nuevo orden mundial. A pesar de que a simple vista podría parecer la aceptación voluntaria por parte de las autoridades japonesas de los principios liberales internacionales, la diplomacia económica ajena al militarismo y el no intervencionismo en otras naciones, lo cierto es que las peculiaridades de la visión política japonesa harán que esta aceptación se haga de manera que sirva a sus propios intereses y solo durará mientras estos intereses se vean satisfechos.

A pesar de la visión que Shidehara quiso dar de un ministro moderado y pro-occidental, la realidad es que nunca estuvo dispuesto a renunciar a la obtención de poder internacional a costa de China y de los poderes occidentales; simplemente cambian los medios, orientados a ejercer un control regional económico adaptándose a la nueva coyuntura internacional, pero siempre con el objetivo global a largo plazo de situar a Japón en la élite mundial. (Schlichtmann, 2009, pág. 75) De hecho, subversivamente, Shidehara presionará a China mediante una dura e inflexible política arancelaria impidiendo su propio desarrollo económico autónomo y subordinándolo al poder japonés, contraviniendo de esta manera los principios establecidos en el sistema de Washington y las demandas nacionalistas chinas, comportándose en esencia igual que sus predecesores en su política de sumisión china. Esta visión económica y comercial de Shidehara se veía muy influenciada por el hecho de estar vinculado mediante matrimonio a la familia Iwasaki, fundadora y dirigente de Mitsubishi, uno de los principales *zaibatsu*¹⁶ del país, lo que condicionará la orientación comercial y económica, pretendiendo sustituir la

¹⁶ Grandes corporaciones empresariales dirigidas por importantes familias y formadas por grupos cooperantes en busca de un beneficio común. Tuvieron un papel destacado en la industrialización y posterior militarización del país. (Ramos Alonso, 2002, págs. 176-177)

conquista militar por la económica y sentando las bases de lo que será la política exterior japonesa tras la Segunda Guerra Mundial (Addicott, 2017).

Esta imagen del ministro tiene que ver con dos conceptos fundamentales de la comunicación y la expresión japonesa: el *honne* y el *tatema*. El *honne* este compuesto por los propios pensamientos y opiniones, mientras que el *tatema* es la imagen que se pretende transmitir. (Wierzbicka, 1991) Para un japonés el único medio aceptado de comunicación será el *tatema*, una fachada tras la que se ocultan los auténticos sentimientos que conforman el *honne*. Si se habla a través del *honne* en lugar del *tatema*, se corre el riesgo de generar un conflicto que perturbaría la armonía social o *Wa*. Esto explica la incomprensión occidental ante la divergencia entre las buenas palabras del Gobierno japonés y su, en apariencia, dócil adhesión a los tratados internacionales respecto a sus actos posteriores. Japón se comunica internacionalmente mediante el *tatema*, pero las motivaciones que lo impelen a actuar se encuentran en el *honne*. Por desgracia para Japón, el resto del mundo no era conocedor de sus particulares convencionalismos sociales, resultando esto en repetidas ofensas a los japoneses por parte de Occidente, con un estilo comunicativo más directo.

A pesar de que los objetivos nacionales se mantenían intactos, tras medio siglo de ultranacionalismo militarista inculcado desde las autoridades, la sociedad japonesa no podía entender el súbito abandono de las políticas militaristas expansionistas asiáticas y la sumisión del país al nuevo orden regido por Occidente. Desde todas las esferas de la sociedad japonesa se empezó a poner en duda la idoneidad de la estrategia exterior económica del país, al considerar que una nación superior como Japón no podía tolerar de nuevo ser esclava de los designios de Occidente y debía hacer valer su poder en el exterior. Ante esta tesitura, en 1928, los comandantes militares del Ejército de Kwantung destinado en Manchuria mostraron su disconformidad con el nuevo rumbo político exterior del país de una manera que ayuda a comprender el arraigo de conceptos como el honor y la jerarquía en la psique japonesa. Los elementos disidentes del ejército conspiraron para atentar contra el tren en el que viajaba Chang Tso-Lin, un importante señor de la guerra manchú, en un

ataque de falsa bandera que atribuyeron a grupos disidentes chinos con la esperanza de obligar al gobierno japonés a extender su control militar por el noreste de China. (Pyle, 2007, pág. 167)

Pese al fracaso del plan ya que las autoridades japonesas no estaban aún preparadas para romper abiertamente con el sistema, es un ejemplo perfecto de cómo funciona la mente japonesa. En lugar de un levantamiento militar como tantas veces ha ocurrido en la Historia de otras naciones, los comandantes descontentos de Manchuria optan por un ataque de falsa bandera en primer lugar para salvaguardar el honor nacional y mantener su armonía, además de que una insubordinación abierta supondría una violación flagrante de la estricta observancia japonesa al rango y lo jerarquía, con la consiguiente pérdida de honor, por lo que sería inconcebible desde la perspectiva japonesa.

La política exterior japonesa en la recién creada Sociedad de Naciones se focaliza en dos demandas principales: por un lado, pretende mantener las posesiones territoriales anexionadas hasta el momento, a la vez que exige la creación de una Cláusula de Igualdad Racial. Esta cláusula que en principio podría parecer de carácter progresista lo que significaría el esfuerzo implícito japonés por adaptarse y aceptar el nuevo orden internacional, esconde otras intenciones. No es difícil de apreciar la contradicción que subyace en esta propuesta, exigiendo igualdad de trato sin importar la raza cuando el imperio japonés ha basado su política exterior en un supremacismo nacionalista y cultural, pero el trato recibido por los inmigrantes japoneses, especialmente en los Estados Unidos, donde eran considerados ciudadanos de segunda, (Nish, 2002, págs. 66-67) supone un duro golpe al honor colectivo de la sociedad japonesa en su conjunto y acrecienta el complejo de inferioridad respecto a Occidente que, en gran medida, fue el motor de su comportamiento internacional imperialista.

El rechazo a sus propuestas, unido a la discriminación racial de la que los japoneses se veían objeto por parte de Occidente, supone un duro recordatorio de su fracaso en su objetivo de conseguir la aceptación internacional como potencia de primer orden. El empresario Shibusawa Eiichi tildaba el Acta de Inmigración como

una “*cicatriz en el honor nacional*”, (Peattie, 1975, pág. 112) un hecho de apenas relevancia política en la época como era un veto migratorio que, por otra parte, era recíproco ya que los japoneses tenían sus propios vetos migratorios a la población extranjera, al ser pasado por los filtros de honor japoneses se convierte en una gran afrenta.

Las potencias occidentales con los Estados Unidos a la cabeza no quisieron o no supieron leer entre líneas esta reclamación. La negativa occidental a la aprobación de esta cláusula no solo ahonda aún más en el sentimiento de inferioridad japonés, sino que provoca los recelos de las autoridades imperiales hacia un sistema internacional establecido por los Estados Unidos, sospechando que Japón no saldría beneficiado en esta nueva Sociedad de Naciones, a pesar de ser uno de sus miembros fundadores. Todo esto, sumado al siempre presente resentimiento hacia Occidente empujó al país hacia el militarismo como medio para hacer valer su autoridad en un panorama internacional en el que se sentían despreciados.

5.2. El fracaso del Sistema de Washington en Asia Oriental

El Sistema de Washington y la recién creada Sociedad de Naciones fue un ídolo con pies de barro desde el momento de su creación, debido a la incapacidad de los Estados Unidos de brindar un soporte adecuado para el cumplimiento del mismo, fallando estrepitosamente en su papel de garante de los principios en él establecidos. (Dickinson, 2013, pág. 121) Irónicamente, los propios postulados y principios establecidos en el sistema impedían la capacidad americana de controlar la correcta observancia de sus normas universales por el resto de naciones. Las ideas liberales basadas en la no intervención y la cooperación interestatal que constituían el nuevo sistema, estaban sustentados sobre principios de buenas voluntad y predisposición por parte de las distintas naciones a adherirse voluntariamente al mismo, eliminando en gran medida la capacidad de sancionar a aquellas naciones que violaran el acuerdo por el principio de no intervención y los tratados de limitación de armas.

Los americanos trataron en este sistema de establecer una serie de principios basados en su propia experiencia interna y sus propias percepciones culturales heredadas del Racionalismo y la Ilustración, asumiendo que serían ampliamente aceptados a nivel social y político por todas las naciones ya que representaban los principios de justicia e igualdad que los americanos creían universales y por tanto no haría falta el uso de la fuerza para hacerlos valer. Esta premisa parte de un error de bulto al suponer que todas las cultural del mundo poseen valores comunes y universales, algo que los americanos descubrirán a la fuerza en el caso japonés. Para la cultura japonesa, totalmente ajena a los principios ilustrados racionalistas y a cualquier tipo de influencia occidental a lo largo de su historia, estos principios ilustrados resultaban extraños especialmente respecto a la libertad individual y sus derechos, conceptos diametralmente opuestos a su cultura confuciana totalmente colectivista. Por otro lado, la idea de igualdad entre naciones que establece el sistema liberal entra directamente en conflicto con el concepto japonés de estatus, su máxima aspiración en el ámbito internacional y su visión grupal; en el pensamiento japonés, es imposible la igualdad entre naciones pertenecientes a distintos niveles de proximidad con el “grupo” japonés, ya sea *uchi. soto* o *tanin*.¹⁷

El sistema internacional liberal y el Tratado de Washington eran más una declaración de intenciones basadas en el idealismo imperante que unas verdaderas normas internacionales y fracasó estrepitosamente en su intención de poner freno al imperialismo japonés y estabilizar Asia Oriental. Las autoridades americanas malinterpretaron la disposición inicial japonesa de adhesión al tratado y al sistema con una verdadera convicción por el mismo y se negaron a fortificar plazas estratégicas cruciales para la defensa de China al este de Singapur y al oeste de Hawái, además de replegar su flota dejando vía libre para el dominio japonés de todo el Pacífico occidental sentando las bases del inicio de la Segunda Guerra Mundial en la región. (Pyle, 2007, págs. 180-181)

¹⁷ Los japoneses aplicarán su estructura social grupal al panorama internacional, dividiendo a las distintas naciones según el nivel de relación con Japón

El Secretario de Estado norteamericano Charles Evans Hughes será el encargado de materializar el Tratado de Limitación de Armas Navales, tratando a su vez de boicotear la alianza anglo-japonesa, a la que acusarán de ser usada por los japoneses como medio para blindar su política expansionista frente a intervencionismos de terceros. Por su lado, los británicos abogan por mantenerla ya que, en palabras del Secretario de Exteriores británico Lord Curzon, sirve para mantener vigilados los movimientos japoneses en China y tratar de influir en su política exterior. (Nish, 2002, págs. 85-86)

Lo cierto es que los japoneses no serán tan fácilmente influenciables como los británicos pensaban y estos subestimaron como tantos otros occidentales la determinación y el orgullo nacional japonés. El embajador británico en Tokio Lord Greene escribía en 1916:

“Observamos hoy por hoy que Japón es una nación francamente oportunista, por no decir egoísta, con una importancia muy moderada en comparación con las grandes potencias de la Gran Guerra, pero con una muy exagerada opinión de su propio papel en el universo” (Pyle, 2007, pág. 162)

Esa muy exagerada opinión sobre su propio papel en el universo a la que hace referencia Greene no sería sino la representación de la incapacidad occidental de comprender el pensamiento japonés. Desde la perspectiva japonesa, el destino de la nación era el de ocupar una posición predominante en el mundo como no podía corresponder de otra manera al pueblo descendiente de la diosa solar *Amaterasu* y por ello será el objetivo supremo de la nación, primando sobre cualquier otro. El egoísmo que se aprecia desde Occidente no es más que el intento de alcanzar este objetivo a cualquier precio, observando de nuevo cómo toda la concepción política japonesa gira en torno a su propia y particular concepción del honor, el estatus y el prestigio.

Con esta negativa percepción de los japoneses, Gran Bretaña decide no renovar su alianza y aproximarse a Estados Unidos en su visión de un nuevo orden

internacional basado en la declaración de unos principios universales, bajo los cuales deberán de regirse todas las naciones, un modelo basado en el acuerdo colectivo que reemplace los acuerdos bilaterales. Para ello se firmará lo que se conoce como “Tratado de los Nueve Poderes”, entre los que se incluyen Japón y China, orientado a reforzar la soberanía, la independencia y la integridad territorial China con el fin de acabar con la presencia japonesa en el país. Se reconocerán los territorios de Manchuria y Corea como legítimamente japoneses, pero será obligado a devolver la soberanía de Shāndōng a China, prohibiendo taxativamente cualquier intento expansionista por parte del ejército imperial. (Iriye, 1997, pág. 97)

La firma de estos tratados será visto con gran optimismo desde Occidente, creyendo haber encontrado finalmente la solución para traer la estabilidad a la región asiática oriental, pero de nuevo la incompreensión de las particularidades de la psique japonesa provoca que este optimismo esté completamente fuera de lugar. Para las autoridades japonesas no pasa desapercibida la intención expresa de las potencias occidentales de minar el poder de Japón y tratar de relegarlo a un segundo plano, algo que no hace más que aumentar sus recelos hacia Occidente, hacia el nuevo sistema y profundizar en las heridas psicológicas.

A pesar de los esfuerzos conjuntos, esta recientemente creada Sociedad de Naciones nunca llegó a ser realmente efectiva, principalmente por varios motivos: por un lado, la crisis económica y social derivada de la Gran Guerra dejó las economías europeas devastadas; la bonanza económica estadounidense comenzaba a dar síntomas de agotamiento y anticipaba lo que poco tiempo después sería la mayor crisis económica de la historia norteamericana, el Crac del 29. Las naciones occidentales vencedoras de la guerra, centradas en sus propios problemas internos, comienzan a mirar hacia el interior dejando de lado cualquier proyecto supranacional. (Rodao, 2019, págs. 10-11) Por otro lado, y como consecuencia indirecta de lo anterior, se produce la desafección y consiguiente desvinculación hacia el sistema cuya base de funcionamiento es la adhesión voluntaria al mismo de todas las naciones para que pueda tener éxito. Esta desafección será encabezada como hemos visto por Japón en Asia, mientras que el auge del fascismo en Europa durante los años 20,

especialmente en los países que resultaron derrotados en la guerra, donde la crisis golpeó más fuerte por el endeudamiento derivado de las compensaciones y reparaciones de guerra, abanderó los movimientos ultranacionalistas que acabarían con el sistema liberal internacional en el Viejo Continente. (Herdinger, 2013)

5.3. El auge del fascismo y su repercusión en Asia Oriental. La vuelta al militarismo de los años 30

A medida que el poderío económico y militar japonés va en aumento, se comienza a asentar una compleja psicología dentro de la sociedad japonesa instada desde las propias autoridades que mezcla ambición, orgullo, inseguridad y rabia, empezando a creer que sus tan ansiadas metas internacionales de ser respetados como una gran potencia, solamente podrán ser alcanzados cuando sean lo suficientemente fuertes para establecer su propio orden internacional regional, ajeno a las influencias de Occidente. (Pyle, 2007, pág. 157)

A comienzos de los años 30, la influencia británica en Asia Oriental estaba en declive y con los norteamericanos replegándose de la región. El poderío japonés, cada vez más rico e influyente, pretende afianzarse en la región controlando recursos y mercados estratégicos y por fin se verán preparados para romper con el sistema internacional.

El 22 de febrero de 1934, el ministro de exteriores japonés Hirota Kōki, considera al país preparado para establecer su propio orden regional al margen de la comunidad internacional y pronuncia lo siguiente en la Dieta japonesa:

“El camino de una nación en ciernes siempre estará plagado de obstáculos; Japón, siendo la piedra angular para la edificación de la paz en Asia Oriental, soportará la carga de esa responsabilidad”. (Stronach, 1995, pág. 152)

Lejos de lo que puede extraerse de esta afirmación desde una perspectiva occidental, el ministro Hirota estaba dando comienzo a la salida japonesa del sistema

internacional liberal y al inicio de la invasión de China partiendo desde la Manchuria ocupada y la anexión de la práctica totalidad del Sudeste Asiático. ¿Cómo se explicaría entonces que las autoridades japonesas se proclamaran garantes de la paz y la estabilidad en la región mientras de manera simultánea, procedieran a una invasión armada con el fin de doblegar todos los pueblos que componen la misma? Esta misma pregunta se formulaba entre las grandes esferas de las grandes potencias occidentales que, desconcertadas, asistían atónitos al recrudecimiento del expansionismo militar japonés sin comprender cómo tras una década de adhesión a los principios liberales occidentales el militarismo retornaba sin previo aviso.

Lo cierto es que para comprender el significado implícito en la aseveración del ministro Hirota y responder a esta pregunta debemos retrotraernos al Japón feudal. Como hemos explicado con anterioridad, la historia japonesa está plagada de guerras intestinas entre los distintos *daimyō* o señores feudales agrupados en distintos clanes en continuo conflicto por el poder territorial. Estos conflictos perduraron durante siglos hasta que uno de esos señores feudales, Tokugawa Ieyasu, consiguió doblegar mediante las armas uno a uno a todos los señores beligerantes, logrando en 1603 la unificación japonesa bajo un gobierno centralizado (shogunato) e iniciando un próspero periodo de paz que se extenderá durante 264 años. Por tanto, no es de extrañar que, desde la percepción política japonesa, la obtención de la paz y la estabilidad regional serán posibles mediante el dominio y el control por la fuerza de las distintas naciones que la conforman, bajo un gobierno fuerte y centralizado como ya ocurrió durante el periodo Edo con el shogunato Tokugawa. Recordemos que Japón extrapola su experiencia durante los conflictos de los distintos señores territoriales en época feudal a las relaciones internacionales.

Debido a esta desafección hacia la nueva coyuntura internacional, la cual es vista como antijaponesa y que profundiza en los agravios occidentales, el auge y la llegada al poder de los fascismos europeos será visto por las autoridades japonesas como un elemento legitimador de su modelo político imperialista. El modelo fascista se basa en un Estado totalitario fuertemente centralizado de corte ultranacionalista, extremadamente militarista y expansionista, un ideario supremacista frente a un

enemigo exterior y con fuertes reminiscencias de un pasado glorioso; todo ello dirigido por un líder indiscutible a la cabeza del Estado y al cual estarán subordinados el resto de poderes. (Herdinger, 2013)

Si observamos el modelo político japonés y su evolución desde el aperturismo, podemos trazar claramente los paralelismos entre este y el modelo fascista, donde la cabeza de Estado indiscutible sería el Emperador, de origen divino, y cuyas autoridades llevan años inculcando el ideario supremacista racial y cultural en la población, evocando las antiguas tradiciones perdidas tras las humillaciones sufridas a manos de Occidente, la excusa perfecta para reinstaurar los valores culturales pasados que darían entidad propia a su civilización. Además, el fascismo se adapta a la perfección a la extrema observancia japonesa de la jerarquía, el estatus y el honor, por lo que, desde su perspectiva, Occidente habría creado por fin un sistema que se correspondía a la visión japonesa de la política, lo que no hacía más que legitimar su propia concepción de la misma. Después de más de 70 años de una pretendida superioridad occidental hacia Japón, un sistema coincidente en todos los aspectos con el japonés se abrió paso entre los pueblos occidentales hasta el poder, demostrando ser imparable en esos momentos, lo que alentó la ya de por sí extendida mentalidad ultranacionalista y militarista japonesa.

En 1926, el trono imperial será ocupado por Hirohito, dando comienzo a la era Shōwa¹⁸, el reinado más largo de la historia de Japón. Haciendo gala de su característico oportunismo, las fuerzas japonesas comienzan su expansión por todo Asia Oriental y el Sudeste Asiático en la década de los 30, conquistando desde Manchuria el noreste de China durante la Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937-1945), así como anexionando la Indochina Francesa, Hong Kong, Singapur, Guam, Filipinas y en general la práctica totalidad de las islas del Pacífico sur ante la inacción de las grandes potencias occidentales, demasiado ocupadas haciendo frente a la súbita desestabilización del Viejo Continente.

¹⁸ Se traduce como “Paz Ilustrada”

Esta expansión se produce bajo el mandato del primer ministro Konoe Fumimaro, un ferviente defensor de la teoría de que el Sistema de Washington establece una distribución desigual de los recursos mundiales en detrimento de Japón, al que le será negado el acceso a los recursos necesarios para su desarrollo amparándose en la idea del mantenimiento de la paz mundial. Abanderado del sentimiento de agravio japonés, Konoe personificaba la unidad nacional y sus ideales tradicionales, pero carecía de una verdadera visión geopolítica, guiando su política en base a sus sentimientos ultranacionalistas. (Iriye, 1999)

En 1941, Japón firmará el Pacto Tripartito con las potencias del Eje de la mano del ministro de exteriores de Konoe, Matsuoka Yosuke, entrando de pleno en la Segunda Guerra Mundial, tanto por afinidad ideológica como por pragmatismo ya que, en ese momento de la guerra, la victoria de la Alemania Nazi parecía indiscutible. A pesar de esta alianza, el sentir japonés frente a Occidente y el imperante militarismo se escenifica en la siguiente frase del escritor japonés Itō Sei, formulada el 8 de diciembre de 1941:

“Es nuestro destino que la única manera de sentirnos ciudadanos de primera en el mundo sea mediante la guerra con las grandes potencias occidentales.” (Pyle, 2007, pág. 190)

5.3.1. *Las causas de la guerra en Asia Oriental*

Esta persistencia en las pretensiones hegemónicas expansionistas japonesas no resultan nuevas en el mundo. De hecho, serán inherentes a toda nación contemporánea que vean aumentar su poder y riqueza, buscando el control de plazas y recursos estratégicos para afianzar dicho poder; lo que hace de las pretensiones imperialistas japonesas un caso único en el mundo es lo que subyace en ellas. El estigma de las ya comentadas heridas psicológicas permanece presente en la psique colectiva japonesa desde los tiempos en los que Japón se vio obligado a unirse al sistema internacional dominado por Occidente

El eminente experto japonés en ciencias políticas Royama Masamuchi pronunciaría en la víspera del ataque a Pearl Harbour:

“Por primera vez desde la apertura del país en la era Meiji, Japón posee ahora una política nacional realmente propia, se sostiene sobre sus propios pies, el país de hoy es muy diferente a aquel que trataba de acomodarse lo mejor que podía a las tendencias internacionales.” (Iriye, 1999)

Con estas afirmaciones se observa cómo hasta los expertos y las mentes más brillantes del país se ven arrastradas por este discurso de agravio, del orgullo nacional herido, viendo su honor vulnerado por Occidente. El concepto del honor japonés prevalece frente a cualquier otro aspecto de la sociedad.

El erudito japonés Norinaga Motoori describía a los japoneses como puramente emocionales:

“Frente a la mente racional china, la de los japoneses es pura, capta la realidad en su unicidad esencial y la comprende sensible y emocionalmente.” (Rodao, 2019, pág. 347)

Esta suerte de desprecio hacia la racionalidad, entendida desde el punto de vista de la lógica en los actos, mientras se elogia la sentimentalidad como motor principal de los mismos puede explicar la incomprensión occidental a las actuaciones exteriores japonesas, así como la visceralidad de sus reacciones y comportamientos.

El extremo nacionalismo de tintes supremacistas raciales que se había inculcado en la sociedad japonesa durante los últimos cincuenta años hizo que el ejército japonés viera con absoluto desprecio a la población nativa de los territorios ocupados, en especial a la población China, lo que provocaba una reacción más visceral hacia los movimientos de resistencia encabezados por Chiang Kai-Shek en el país, percibiendo como intolerable y una afrenta a su honor la insubordinación de un pueblo considerado inferior. La resistencia china al proyecto panasiático japonés originó como respuesta la comisión de numerosas atrocidades a lo largo del país,

destacando por su crueldad la Masacre de Nankín a principios de 1938, donde los japoneses, en una orgía de violencia y brutalidad que duró seis semanas, masacraron a la población local¹⁹. (Iriye, 2016, pág. 170)

Estos crímenes de guerra que el ejército imperial cometió a lo largo y ancho de la región asiática atrajeron la mirada del mundo hacía el expansionismo japonés en Asia deslegitimándolo y tildando sus métodos de “brutales”.

La estrategia de Konoé subestimó la respuesta americana a la recuperación del expansionismo militar japonés, estableciendo un embargo económico a la nación cuando esta invadió Indochina. Esto supuso un duro golpe a la economía japonesa ya que el 80% de su petróleo procedía de Estados Unidos, al igual que el 60% de sus herramientas industriales, el 93% de su cobre y el 75% de su hierro. En 1941, casi el 50% del P.I.B. nacional japonés se destinaba a producción militar. (Utley, 2005, pág. 47). A su vez, los estadounidenses minusvaloraron la reacción japonesa al embargo, dando por hecho que, ante semejante presión económica, conseguirían doblegar las ansias expansionistas imperiales. El propio secretario de Estado norteamericano Cordell Hull aseguraba con convencimiento que Japón se retiraría de China y el Sudeste Asiático ante las sanciones económicas y que Japón no entraría en guerra con Estados Unidos. Once días después de estas declaraciones, el 7 de diciembre de 1941, Japón atacará Pearl Harbour. (Iriye, 1999, págs. 45-46)

Las dos opciones que el Gobierno tenía sobre la mesa frente al embargo eran claras: mantener buenas relaciones con Estados Unidos o crear un imperio autosuficiente e independiente de cualquier otro poder, especialmente occidental. La lógica estratégica haría pensar que Japón recularía en sus pretensiones imperialistas y aproximaría su postura con los estadounidenses ya que declarar la guerra a una potencia ocho veces más poderosa y rica parecería un acto condenado al fracaso desde el principio. (Kissinger H. , 2016, pág. 127) Los Estados Unidos presionaron a Japón de manera continua mediante el bloqueo económico con el fin de forzar su

¹⁹ Se calcula que unos 200.000 civiles y prisioneros de guerra fueron asesinados durante las seis semanas que duro la masacre. (Facing History and Ourselves Foundation, 2014, pág. 184) La cifra de víctimas oscila entre 100.000 y 300.000 dependiendo de la fuente.

retirada de China; lo que los americanos ignoraban es que la pérdida de estatus y prestigio internacional derivada de la retirada en China supondría una humillación tal para Japón que los propios líderes japoneses creían que pondría en peligro la supervivencia de la nación. El mismo general Tōjō afirma que la decisión de entrar en guerra con los Estados Unidos no obedece a un acto impulsivo, sino que ante la disyuntiva que se presentaba ante el Gobierno japonés, dos alternativas definidas por Tōjō como “repugnantes”, haber elegido el retorno a un sistema internacional hostil a los intereses japoneses no solo suponía la renuncia implícita al gran objetivo nacional, sino la destrucción de todo lo que se había logrado hasta el momento. (Iriye, 1981, pág. 64)

Para escenificar esta ruptura, los diplomáticos japoneses envían un memorándum a los estadounidenses rompiendo las negociaciones y declarando:

“Es la política inmutable del gobierno japonés asegurar la estabilidad de Asia Oriental y promover la paz mundial, permitiendo a todas las naciones encontrar su propio lugar en el mundo...Es un hecho histórico que las naciones asiáticas en los último cien años o más se han visto obligadas a observar el estatus quo bajo las políticas imperialistas de explotación angloamericanas y se han sacrificado en aras de la prosperidad de estas dos naciones. El gobierno japonés no puede tolerar la perpetuación de semejante condición ya que se opone directamente a la política japonesa de permitir a toda nación encontrar su propio lugar en el mundo” (Pyle, 2007, pág. 207)

Este memorándum refleja por un lado las, ya características, heridas psicológicas y el complejo hacia Occidente que impregnan la política exterior japonesa, mientras que, por otro, la continua referencia al derecho de las naciones a ocupar su propio lugar en el mundo ejemplificaba la visión confuciana japonesa de observancia de la naturaleza, el orden natural de las cosas, una naturaleza donde el fuerte se impone al débil y no admite discrepancias. Extrapolando esta visión a la política exterior japonesa implicaría que el orden natural de las cosas pasa por el

sometimiento de toda la región asiático-oriental al poder imperial japonés. Ese será su respectivo lugar en el mundo.

5.4. El establecimiento de un sistema regional propio

Inmediatamente después del ataque a Pearl Harbour, el Gobierno japonés anuncia que esta guerra será denominada la “Gran Guerra de Asia Oriental”, porque “es una guerra para la construcción de un nuevo orden en la región y liberar a sus gentes de la agresión americana y británica”. Tratarán de esbozar las bases del nuevo sistema sustituyendo los principios transcendentales occidentales de universalidad y liberalismo, adoptando sus propios principios domésticos de respeto al estatus y la jerarquía.

El escritor japonés Kamei Katsuichirō escribía en 1942:

“la guerra en la que hemos entrado en este momento está motivado de cara al exterior en la destrucción del poder británico y americano en la región, pero en nuestro fuero interno sabemos que se trata de una terapia orientada a curar el malestar psicológico producido por la entrada en la cultura moderna” (Fletcher, 1982, pág. 110)

Por esto, Japón pretenderá con esta guerra crear su propio orden regional, para nunca subordinarse más a uno impuesto desde Occidente, cuyas ofensas hacia el país permanecen muy presentes en el imaginario colectivo. Un oficial de la armada japonesa declaraba: “*estamos pretendiendo poner fin a 70 años de dependencia económica y comercial de Gran Bretaña y Estados Unidos*” (Iriye, 1999), pero lo que realmente interesa a Japón más allá de la autonomía comercial y económica, es la autonomía cultural, perdida tiempo atrás cuando Occidente forzó la apertura japonesa al mundo e indirectamente el proceso de aculturación occidental y rechazo de su propia herencia cultural. Esta afrenta al honor nacional que perdura como un estigma ya que los logros de Japón como nación se verán siempre empañados por este hecho y serán achacados a la adopción de la cultura occidental y no a la propia civilización japonesa, lo que implícitamente supone reconocer la superioridad de la

civilización occidental frente a la japonesa. De aquí se extrae la importancia de obtener la independencia cultural y desarrollar su propio sistema internacional, para ser, desde su punto de vista, finalmente dueños de su propio destino y nunca más simplemente adaptarse a las tendencias mundiales, sino crearlas ellos mismos y liderar Asia. (Pyle, 2007, págs. 192-193)

La pérdida de su esencia cultural, uno de los factores causa del estigma psicológico, tras el fenómeno de occidentalización durante la Era Meiji tuvo un efecto radicalmente contrapuesto 70 años después, cuando tratando de recuperar su herencia cultural perdida se recuperan tradiciones feudales totalmente anacrónicas, dando lugar a escenas durante la guerra tan pintorescas como soldados japoneses portando en combate la espada tradicional samurái o *katana* junto con su equipo estándar, oficiales que cometían el suicidio ritual o *seppuku* ante el deshonor y la vergüenza que suponía la derrota o la presencia de pilotos suicidas o *kamikaze* en la armada japonesa, tomando su nombre de los vientos huracanados que hundieron la flota invasora mongola en el s. XIII. (Porter & Porter, 2017, págs. 25-26) En definitiva, se pretende fortalecer y reivindicar la civilización y herencia cultural japonesa mediante la adopción de símbolos y tradiciones del mundo samurái con extremo celo como forma de resarcimiento, una cultura guerrera que supondrá un excelente puntal en el que sustentar la política militarista japonesa.

Uno de estos pilotos kamikaze, Nekohasi Yoshiro de 22 años, escribía en su carta de despedida:

“somos el Cuerpo de Kamikazes reconocidos por el Emperador, esto es el mayor honor que se nos puede conceder, morir por nuestro país; dejaremos un gran nombre después de la muerte”.
(Porter & Porter, 2017, pág. 124)

Como observamos en la carta, el discurso está impregnado del concepto del honor japonés llevado a su máxima expresión; el honor de ser los elegidos del emperador, el honor de morir en defensa de su país, y la importancia de que el nombre familiar perdure como símbolo de honor. Toda la mentalidad belicista japonesa gira

en torno al honor y al estatus nacional, el *shinbu* u honor marcial. (Hilldrup, 2006, pág. 56)

Por desgracia, las aspiraciones japonesas de crear un nuevo sistema internacional hecho a medida de sus propios intereses y libre de cualquier influencia occidental se verán frustrados por el avance norteamericano y británico, que irá liberando uno a uno todos los territorios ocupados. Ante la perspectiva de una derrota segura, el ejército imperial decidirá en 1944 luchar hasta el último hombre por cada palmo de terreno cedido a los aliados, prefiriendo la muerte al deshonor de la derrota que empañaría su nombre familiar para siempre, una reminiscencia más de la cultura samurái. Con esto, las autoridades militares esperaban a su vez que los americanos, ante el enorme número de bajas que esta enconada y tozuda resistencia ocasionaría, optasen por el fin de las hostilidades evitando así la destrucción del país. (Iriye, 1981, pág. 145)

No será hasta que la Unión Soviética declare la guerra a Japón, y las dos bombas atómicas norteamericanas sean lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki que el emperador Shōwa se vea obligado a intervenir y exigir el cese de las hostilidades. El emperador pronunciará un discurso radiofónico dirigiéndose al pueblo japonés y anunciando la aceptación japonesa de la Declaración Conjunta de los aliados pidiendo perdón a sus antepasados. (Herbert, 2000, págs. 22-23) Durante todo el discurso, se referirá siempre a la aceptación de esta declaración para evitar hacer alusión explícita a la rendición incondicional japonesa, un golpe muy duro para el extremadamente orgulloso pueblo japonés.

Por otro lado, el General Douglas MacArthur, comandante en jefe de las fuerzas aliadas, autorizó la ausencia del emperador durante la firma del Acta de Rendición a bordo del acorazado Missouri ya que el pueblo japonés no estaba preparado para ver a la figura imperial de carácter divino humillado ante los occidentales y evito dejar a Hirohito a merced de un tribunal militar que seguro le habría condenado a muerte. Mac Arthur comprende la psique japonesa y sabe que la ejecución del emperador podría recrudecer el espíritu nacionalista japonés e imposibilitar el control pacífico del archipiélago. Esto no evitará que MacArthur,

para comunicar al Emperador su decisión, lo cite personalmente en la embajada estadounidense en Tokio y lo reciba en mangas de camisa, con el uniforme de campaña puesto vulnerando todos los protocolos imperiales establecidos en una clara intención de humillarlo a título personal. (Dower J. W., 1999)

6. EL NUEVO ORDEN DE POSGUERRA

Nunca antes en la historia mundial se había alzado una nación con tal diferencia de poder, riqueza e influencia como lo hizo Estados Unidos tras la guerra. Desde su posición hegemónica a nivel mundial, los estadounidenses procedieron a recuperar el ideal wilsoniano de un orden internacional liberal, esta vez convenientemente amparado y controlado por el indiscutible poder norteamericano. Asistimos por tanto a cómo la Segunda Guerra Mundial dará lugar a dos nuevas estructuras a nivel mundial y diametralmente divergentes, ambas con profundas implicaciones en Asia Oriental y, en particular, en Japón.

Por un lado, el ya comentado establecimiento del orden liberal democrático estadounidense, lo que dará lugar al sistema de Bretton Woods basado en la promoción del comercio internacional, el desarrollo económico y el establecimiento de nuevas instituciones supranacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). A su vez, se recupera la idea de la fracasada Sociedad de Naciones con la creación de la Organización de Naciones Unidas, basada en los mismos principios. Esta visión democrática y liberal guiará las reformas que se impondrán a Japón mediante la ocupación estadounidense con el objetivo de transformar la visión y el pensamiento político japonés. (Ikenberry, 2001, págs. 163-164)

Por otro lado, la otra consecuencia directa de la guerra será la bipolarización del mundo en dos bloques perfectamente diferenciados dirigidos por las dos grandes potencias victoriosas: la Unión Soviética y los Estados Unidos, en lo que se viene a

denominar la Guerra Fría. En Asia, la Guerra Fría dará comienzo con la Revolución China de 1949 mediante la cual, el Partido Comunista de Mao Zedong se hará con el poder, alineándose con el bloque comunista capitaneado por la Unión Soviética y la partición de Corea en dos países contrapuestos durante la guerra homónima de 1950. Estos acontecimientos dividirán la región asiática oriental en dos bloques que alterarán completamente la política estadounidense en la región, obligando a replantearse su estrategia defensiva asiática, algo de lo Japón se beneficiará enormemente.

La ocupación estadounidense de Japón tras la rendición incondicional y la aprobación de su nueva e impuesta Constitución pacifista parecía poner punto y final al gran objetivo nacional japonés de aspirar a convertirse en una de las principales potencias mundiales, pero los japoneses lejos de resignarse ante la derrota procederán a buscar nuevas formas acordes de adaptarse a la actual coyuntura internacional. Para alcanzar su objetivo, se adaptarán con gran éxito a ambos sistemas internacionales, usándolos en su beneficio y orientando su política exterior hacia el desarrollo económico; el honor, el estatus y el prestigio de la nación están en juego. (Iriye, 1974, págs. 11-12)

El característico oportunismo japonés en materia exterior permitirá por tanto aprovechar ambos sistemas para sus propios intereses. El orden democrático liberal proporcionará a Japón el régimen internacional de libre comercio necesario para su desarrollo económico, mientras que la Guerra Fría permitirá beneficiarse de las garantías de seguridad nacional que ofrecen los Estados Unidos. Viendo como los vientos internacionales soplaban a su favor, Japón enfocó su política exterior en la recuperación económica, un viraje que la ocupación americana nunca había permitido de no ser porque el país resultaba una pieza clave en la nueva Guerra Fría y un Japón fortalecido económicamente bajo el amparo estadounidense y de su capitalismo liberal supondría un útil bastión anticomunista en Asia.

Japón pasa en menos de diez años de ser el gran enemigo asiático por batir, a representar la estabilidad y el aliado más fiable del Occidente liberal.

6.1. El giro radical de la política exterior japonesa: ¿convicción, pragmatismo o imposición?

La única política exterior que seguirá Japón desde entonces se podría definir como un “mercantilismo realista”, que sustituirá por completo al militarismo imperante hasta el momento, completamente desmontado por las fuerzas de ocupación, las cuales impondrán el completo desarme de la nación y una Constitución de corte pacifista redactada por los estadounidenses. A pesar de esto, y después de la trayectoria de “nacionalismo honorable” de la política exterior japonesa desde su aperturismo al mundo en el s. XIX, con unos ideales profundamente arraigados en la mentalidad del país, resulta difícil creer la adopción súbita de Japón del pacifismo y el sistema impuesto por Occidente. La pregunta será ¿realmente las autoridades japonesas han aceptado por fin de buen grado los preceptos occidentales internacionales, adoptándolos con plena convicción o se trataría solo de una mera imposición?

Desde la perspectiva japonesa, el militarismo había servido a la nación para hacerse un nombre en el mundo y para expandir sus territorios; en un momento donde la tendencia mundial amparaba este tipo de acciones, Japón se limita a actuar del mismo modo que otras tantas grandes naciones de la época en aras de la defensa de sus intereses en el exterior. Además, las ideas japonesas de honor y prestigio nacional irían estrechamente vinculadas a la demostración de fuerza exterior como medio para hacer valer su posición en el tablero internacional. Con la derrota y la imposición del desarme, la acción armada simplemente ha dejado de ser una herramienta válida y eficaz para el interés nacional y la consecución de su gran objetivo en la nueva coyuntura internacional liberal, por lo que la opción es desechada, confiando su propia defensa a las fuerzas americanas. Esto no implicará en absoluto la renuncia japonesa a alcanzar sus grandes metas de obtener una posición de primacía mundial basada en el reconocimiento de su estatus como nación de primer orden, la búsqueda de la completa autonomía económica y cultural, al igual que su política de alianza

con la nación más poderosa del momento. De hecho, los objetivos nacionales japoneses se mantendrán inalterables desde la época Meiji y seguirán rigiendo su política exterior, cambiando únicamente las herramientas para conseguirlo en función de la coyuntura internacional.

George Ball, Subsecretario de Estado estadounidense durante las administraciones de Kennedy y Johnson, describe repetidamente a los japoneses como impredecibles e irracionales, “*nunca sabes cuándo pueden volverse locos de nuevo*” exclamaba con frecuencia, (Ball, 1972) pero tras este prejuicio e incompreensión hacia las particularidades del pensamiento y la cultura japonesa, Ball percibió un patrón en la evolución y el desarrollo histórico japonés referente a los drásticos cambios ocurridos en el país a lo largo de su historia y que podría explicar su rápida y sorprendente capacidad de adaptación a los mismos durante su desarrollo:

“la historia japonesa no se ve sometida a las tradicionales curvas y ondulaciones que han marcado el progreso del resto de naciones del mundo; en su lugar experimenta una sucesión de líneas planas, rotas en determinados momentos por agudos picos en los cuales la nación al completo, moviéndose a toda velocidad, ha remado en la misma dirección como un engranaje bien engrasado para seguir el nuevo curso establecido. No existe nada comparable en la Historia de la Humanidad”. (Ball, 1972)

Ball seguía desconfiando del comportamiento japonés y, desconcertado, no era capaz de comprender como una nación había podido pasar de encontrarse totalmente aislada y enormemente atrasada a mediados del s. XIX a industrializarse plenamente en cuestión de pocos años, culminando dicho proceso a comienzos del s. XX en una agresiva expansión militar por el continente asiático. Para acabar de desconcertar a Ball, ahora, esa misma nación abrazaba el pacifismo como ninguna otra nación en el mundo, renunciando incluso a un ejército propio que provea de una mínima defensa a su territorio nacional y renunciando a involucrarse en modo alguno en la geopolítica entre Estados, rehuendo de cualquier tipo de controversia en sus relaciones internacionales. Sin duda, son unos cambios drásticos en el comportamiento moderno japonés que sorprenden a cualquiera, pero cuya

explicación podría encontrarse en el desarrollo histórico japonés desde el aperturismo.

Si analizamos los momentos de drásticos picos en el desarrollo lineal a los que hace referencia Ball en la historia japonesa moderna, observamos que esos momentos coinciden con momentos en los que Japón, concebido como un Estado soberano e independiente, ha estado en auténtico peligro de desaparecer como tal. La primera vez que se observa la asombrosa capacidad de adaptación japonesa a las corrientes internacionales será en el propio aperturismo Meiji, donde la imposición de este por parte de una fuerza naval estadounidense obliga a Japón a abrirse al mundo exterior. La amenaza era clara; o Japón abría sus fronteras al comercio occidental o se vería obligado a hacerlo por la fuerza, con la consiguiente pérdida de soberanía. Ante semejante amenaza para la nación, las autoridades japonesas reaccionan reestructurando por completo su sistema social, político y económico en un tiempo récord basándose en los sistemas occidentales. De aquí se extrae a su vez la extrema rapidez con la que el país aborda y ejecuta estos cambios, considerando que la supervivencia del país se encuentra bajo amenaza.

El segundo cambio drástico de la política japonesa en la historia moderna del país lo observamos durante este periodo de posguerra y ocupación. Las similitudes con la época del aperturismo son claras: la misma nación extranjera amenaza su soberanía e independencia esgrimiendo un poder muy superior al de un Japón atrasado económica y socialmente respecto a la misma, poniendo en riesgo la supervivencia de la nación. Si bien las razones de las imposiciones y el atraso nacional son distintos a las de la era Meiji, las motivaciones para efectuar un cambio radical a nivel nacional son exactamente las mismas, de lo que se deduce que Japón, pese a la gran reticencia a los cambios, ante una gran amenaza externa la nación entera trabaja en la misma dirección buscando la adaptación necesaria para la prevalencia nacional. (Morris-Suzuki, 1995, pág. 773)

Este nuevo rumbo de posguerra comenzaba a ser defendido por miembros prominentes de la sociedad japonesa como el periodista Ishibashi Tanzan, principal valedor de lo que se conoce como “pequeño japonismo” o “shō nihonsugi”, una teoría

que aboga por evitar cualquier belicismo y expansionismo en favor de una política de “soft power” y de expansión comercial internacional. (Dower J. W., 1999) En definitiva, lo que esta teoría defiende es la implantación de la armonía o *Wa* en las relaciones internacionales del país, renunciando a la defensa y a cualquier acción en el exterior conflictiva en aras de la prevalencia de esta armonía.

Ishibashi llegó a ser primer ministro en la década de los 50 y a pesar de que el conservadurismo japonés impregnaba todas las esferas del país, el profundo arraigo del *Wa* en la mentalidad japonesa permitió que este concepto guiase la política exterior del país durante el resto de siglo, adoptando un perfil político internacional de evasión del conflicto. (Rodao, 2019, pág. 354)

6.2. La Doctrina Yoshida

Uno de los más asombrosos e importantes desarrollos del Japón de la posguerra es la resiliencia de las élites conservadoras japonesas, volviendo a alzarse tras la derrota y el posterior periodo de ocupación. A pesar de las revolucionarias reformas de corte liberal establecidas por los estadounidenses al comienzo de la Ocupación, los líderes conservadores, sus valores y prácticas institucionales prevalecen frente a las reformas, sirviendo de eje central de la política exterior japonesa de posguerra.

Poniendo de nuevo de manifiesto, en contra de lo que pueda parecer, la recurrente reticencia japonesa al cambio, las tradicionales ideas del conservadurismo japonés que han dominado la vida del país desde hace siglos perduraron, logrando esquivar la purga estadounidense. Esta continuación del conservadurismo japonés se verá reforzada por la política anticomunista de las autoridades estadounidenses, que procederán a excarcelar a los dirigentes japoneses condenados por crímenes de guerra restaurándolos en puestos de gobierno y de la burocracia y con ellos sus ideas. (Shinohara, 1968, pág. 400)

Además, estos líderes conservadores consiguen llegar a la cabeza de los principales partidos políticos, suponiendo la continuación de los principios

estratégicos y lógicos del enfoque internacional japonés de antes de la guerra. Esta continuidad conservadora refleja la reticencia japonesa a los cambios, la afinidad de la sociedad y cultura japonesa con los ideales conservadores y que la visión exterior japonesa no ha cambiado en absoluto tras la derrota, solo cambian los medios por los que se ejecuta. (Hagström & Gustafsson, 2014, págs. 5-6)

De entre las élites conservadoras restaurados, una figura destaca en la conformación de la política exterior japonesa y la concepción del propósito nacional de posguerra fue Yoshida Shigeru, ostentando el cargo de primer ministro durante la primera década de la ocupación sentará las bases del boom económico japonés posterior. Devoto de la causa imperial, nacionalista ferviente y dotado de un fuerte carisma, Yoshida fue visto con buenos ojos por las autoridades norteamericanas por su oposición al militarismo de la preguerra, pero la realidad es que sus ideas realistas y nacionalistas estaban determinadas a preservar todo lo posible el antiguo orden imperial y encaminar a Japón hacia su lugar entre las principales potencias mundiales, restaurando el sentimiento unificador nacionalista entre la población y dotando al país de un objetivo común.

Parte del éxito de Yoshida residió en su capacidad de leer las tendencias mundiales y usarlas en beneficio de los intereses japoneses. Al formar su gabinete en 1946, comentó a uno de sus miembros que *“la historia ofrece ejemplos de victorias a través de la diplomacia después de perder en la guerra”*, (Pyle, 2007, pág. 227) refiriéndose a que una nación derrotada, explotando las fluctuaciones en las relaciones entre los grandes poderes internacionales, puede resarcir el daño causado por la guerra y ganar de nuevo su lugar en el mundo como ya ocurrió con la Francia post-napoleónica..

La Doctrina Yoshida estableció unos objetivos claros en política exterior:

- Restaurar la reputación japonesa en el mundo y ganar la aceptación de la comunidad internacional. Esto pasa por convencer a la opinión mundial del cambio de rumbo japonés y el compromiso con el pacifismo de sus gentes.

- Aproximarse lo máximo posible a Estados Unidos, la nueva potencia hegemónica, lo que no significa en absoluto subordinar sus intereses nacionales a los americanos; por el contrario, en la estrategia japonesa a largo plazo, la momentánea sumisión a los Estado Unidos es esencial para la consecución de los objetivos internacionales japoneses.
- Aprovechar continuamente la coyuntura internacional de la Guerra Fría de enfrentamiento entre los dos grandes poderes internacionales para obtener concesiones de ambos bloques en beneficio propio. En concreto, buscará acceso a recursos estratégicos y minimizar al máximo el gasto militar. (Nakamura T. , 1981, pág. 41)
- Blindar Japón a proyectos de integración regional.

Los objetivos establecidos por la Doctrina Yoshida demuestran que la esencia del pensamiento japonés relativo a su política exterior se mantiene intacta desde el aperturismo Meiji. En estos objetivos se aprecia la obsesión japonesa por alcanzar el tan ansiado estatus internacional que estará siempre presente en sus relaciones internacionales, al igual que la política de alianzas con la nación hegemónica del momento. Japón verá en las buenas relaciones con los estadounidenses una herramienta para sus intereses, consiguiendo la autorización para el rearme en forma de unas Fuerzas de Autodefensa argumentando que, puesto que las corrientes antimilitaristas japonesas estaban abanderadas por la izquierda, supondría un caldo de cultivo perfecto para la implantación del comunismo en el país. Observamos a su vez el característico oportunismo y pragmatismo japonés en su política exterior y la permanencia del nacionalismo de tintes racistas, para Yoshida, el auge japonés debería estar basado en la creación de una exclusiva identidad cultural propia. (Nakamura T. , 1981, págs. 84-85)

Esta política no le saldría gratis a Yoshida, puesto que junto con el Tratado de San Francisco firmando la paz con Occidente en 1951, Japón se vio obligado a firmar con los Estados Unidos el Acuerdo Mutuo de Cooperación y Seguridad, convirtiendo al país en un satélite militar estadounidense, permitiendo indirectamente

la intervención americana en materia de seguridad japonesa, además de imponer el reconocimiento explícito al Kuomintang de Taiwán como Gobierno legítimo de China. (Pyle, 2007, pág. 125)

Los americanos se establecerán en la isla sur de Okinawa estableciendo dos bases militares:

- La base naval de Futenma, de la marina estadounidense.
- La base aérea de Kadena, la mayor base norteamericana en Asia.

Estas bases supondrán la principal fuerza estadounidense en el país hasta la actualidad y sus instalaciones ocupan las tres cuartas partes del territorio de la isla (Rodao, 2019, pág. 342), debido a la importancia geoestratégica por su cercanía a la China continental y a la isla de Taiwán.

Este tratado supone el nuevo establecimiento de un tratado occidental desigual a Japón como ya ocurrió en las décadas anteriores, pero desde la mentalidad de Yoshida, este golpe al honor nacional se ampara dentro de la derrota japonesa y será solo temporal, un trámite necesario para la consecución del objetivo final a través del cual el país verá reconocido su estatus y prestigio en el mundo, con el consiguiente restablecimiento de su honor. La hegemonía estadounidense y las bases de la Doctrina Yoshida serán el eje principal de la política exterior japonesa de la segunda mitad del s. XX y que perdura en la actualidad.

El pensamiento político japonés se verá siempre orientado a largo plazo, la planificación de sus políticas no busca tener un efecto inmediato, sino que maniobra para posicionarse internacionalmente de manera que mejor sirva a sus intereses largoplacistas, teniendo muy claro el objetivo nacional que se pretende alcanzar. El conservadurismo japonés que impregna las altas esferas del país permite que a pesar de que la llegada de la democracia occidental liberal, con limitación de mandatos, todos los primeros ministros seguirán las políticas de Yoshida con una variación casi nula de las mismas en cada mandato, trabajando conjuntamente para la consecución de los objetivos establecidos por las mismas.

6.3. El milagro japonés y sus repercusiones internacionales

Durante la década de los 50, se sentarán las bases del enorme auge económico que experimentará el país durante la siguiente década. Con el fin de evitar que la totalidad de la producción industrial del país se concentre en manos de unos pocos conglomerados empresariales dirigidos por antiguas familias pertenecientes a la élite conservadora japonesa, los *zaibatsu*. Estas grandes corporaciones habían creado monopolios y lobbies industriales bajo el amparo gubernamental desde principios de siglo, controlando la economía japonesa a todos los niveles, pero su funcionamiento resultará contrario a los preceptos capitalistas de libre mercado por lo que las autoridades estadounidenses procederán a su desmantelamiento y prohibición. Lejos de desaparecer, estos grandes holdings empresariales se reestructurarán formando los *keiretsu*, que funcionarán de idéntico modo a sus predecesores aprovechando la flexibilidad de la supervisión estadounidense que, ante la coyuntura de la Guerra Fría, necesitaba restaurar el poder económico japonés como parte de su estrategia defensiva regional frente al bloque comunista. Estos *keiretsu* supondrán el motor económico e industrial del país a lo largo del siglo, posibilitando su desarrollo económico e industrial hasta unos niveles nunca vistos. (Grabowiecki, 2006, págs. 19-21)

A su vez, la Constitución redactada en inglés será traducida al japonés, lo que supondrá una particular interpretación de unos conceptos y la omisión intencionada de otros. Las referencias al poder ejecutivo se cambiarán por administrativo, mientras se omiten los derechos a los extranjeros y la autonomía local que sí que recogía la versión original inglesa. (Rodao, 2019, págs. 77-78) Estas omisiones no tendrán nada de casuales, reflejando el racismo que todavía sigue imperando en la sociedad japonesa y su aversión a la descentralización. El artículo omitido en la traducción hacía referencia concretamente a la autonomía local de cada una de las 47 prefecturas que conforman el país, provocando dicha autonomía un recuerdo instalado en la memoria colectiva en referencia a las luchas de poder entre los distintos señores feudales previas a la unificación Tokugawa. De acuerdo con el pensamiento japonés, la autonomía regional deriva en conflictividad, mientras que el centralismo significa paz y prosperidad.

6.3.1. *La versión japonesa del capitalismo*

Con la llegada del liberalismo occidental a Japón, se adaptaron los postulados capitalistas inherentes a este sistema para garantizar la recuperación económica bajo la vigilancia estadounidense. Si bien se consiguió instaurar el capitalismo en Japón, el pensamiento confuciano firmemente arraigado en la psique supone adoptar una versión capitalista muy particular, adaptándose a las particularidades del pensamiento japonés. El concepto social paternalista y colectivista confuciano hace que el Gobierno siempre haya situado las necesidades estatales de seguridad, estatus internacional y solidaridad social en el centro de su sistema económico, dejando de lado las teorías económicas clásicas del capitalismo basadas en el consumidor y productor individual privado, y la efectividad del libre intercambio entre ellos.

La coyuntura de la Guerra Fría ofrecerá a Japón la oportunidad de poner en práctica esa mezcla particular de políticas e instituciones para promover la recuperación económica como nueva herramienta para alcanzar el prestigio internacional. En 1949 se creará el Ministerio de Industria y Comercio Exterior (MITI)²⁰, con el fin de aumentar la competitividad exterior de la economía japonesa y la correcta gestión de los recursos nacionales, cuya atribución más importante y fundamental para el auge económico japonés será la capacidad de asignar el flujo de divisas. (Pyle, 2007, págs. 220-221) Esta atribución permitirá al Gobierno orientar la necesaria adquisición de recursos y tecnología por parte de las grandes corporaciones japonesas a los sectores estratégicos que el Gobierno considerará claves para la recuperación económica.

La Ley sobre Capital Extranjero de 1950, permitirá al MITI limitar, restringir y controlar la inversión, la propiedad y la participación extranjera en las empresas japonesas. En 1951, el MITI, junto al Ministerio de Finanzas, creará el Banco Japonés de Desarrollo, con acceso a un gran fondo de inversión conocido como el Plan de Inversiones y Préstamos, convirtiéndose en el principal instrumento para el desarrollo económico japonés, ya que proveerá a las grandes empresas japonesas de capital a intereses muy reducidos en favor del crecimiento a largo plazo. (Pyle, 2007, pág. 221)

²⁰ En sus siglas en inglés: Ministry of International Trade and Industry.

Al aislar el mercado doméstico de capitales del libre mercado internacional, el gobierno orientará el flujo de capital del país hacia los sectores clave para el desarrollo económico: naval, automoción, electrónica y química.

Con el fin de la ocupación en 1952, el Gobierno derogará las leyes antimonopolio impuestas por los Estados Unidos para cerrar el férreo control del sistema económico que se ejerce desde Tokio. Dos economistas pertenecientes al Ministerio de Asuntos Exteriores exclamaban:

“los bancos y la burocracia económica funcionan como el Estado Mayor de un general tras el campo de batalla en esta segunda gran guerra llamada alto desarrollo económico”. (Nakamura T. , 1981, pág. 52)

Los propios funcionarios del ministerio solían referirse al estricto intervencionismo gubernamental en la economía como *“la escolta de un convoy naval por parte de un buque de guerra”* (Pyle, 2007, pág. 247). Los paralelismos establecidos entre el desarrollo económico y la guerra demuestran cómo los japoneses recurren siempre a pautas de conducta que les son familiares, basadas en su experiencia y extrapolándolas a cualquier ámbito social o político, malinterpretándose desde el exterior como un cambio genuino en sus políticas o sociedad, cuando en realidad sus bases conductuales y de pensamiento se mantienen inalteradas.

Apreciamos por tanto un fuerte intervencionismo estatal en las decisiones empresariales japonesas que contraviene los principios económicos liberales del capitalismo estadounidense, todo ello permitido por los Estados Unidos en el marco de su estrategia defensiva regional. Esto demuestra que Japón adopta distintos sistemas por puro pragmatismo, supeditándolos a sus propios intereses, y adaptándolos a su particular visión política y social, resultando en sistemas únicos que mezclan los principios occidentales en los que se basan, con la cultura japonesa, dando como resultado las numerosas contradicciones que se observan desde Occidente. En lugar de dar plena libertad a los mercados, el sistema japonés refleja a través de sus políticas e instituciones una ideología común a nivel nacional de equiparación con Occidente y búsqueda de estatus internacional.

Bajo estas políticas económicas, el país comenzó a experimentar un crecimiento medio anual de más del 10% del P.I.B hasta la Crisis del Petróleo de 1973.

6.3.2. *El Realismo Económico japonés y su relación con los Estados Unidos*

En un mundo donde los instrumentos de poder no serán ya la fuerza militar, sino la eficiencia productiva, el comercio exterior, una tecnología avanzada y una divisa fuerte, el realismo internacional japonés rápidamente adaptó la competitividad militar por la competitividad económica como símbolo de poder en el panorama internacional. El 90% de las exportaciones japonesas en los años 80 serán productos manufacturados, mientras que solo un 1% de los activos estarán en manos extranjeras. La estrategia realista japonesa es clara al respecto, observando que las nuevas guerras se librarán en el ámbito económico y no en el militar, el Gobierno japonés tolerará mejor la presencia de bases estadounidenses en su territorio que la de banqueros, inversores y empresarios.

Tras la recuperación económica de los años 50, comenzó a apostar por la tecnología como siguiente etapa en su plan de desarrollo económico como herramienta para la obtención de la primacía mundial. Los grandes *keiretsu* como Mitsubishi, Hitachi o Toshiba comenzarán la producción masiva de electrónica de consumo, mientras que Toyota y Nissan despuntan en automoción, destinando todo aquello que sobrepasa la capacidad de consumo nacional a la exportación, apostando por la supremacía tecnológica mundial. El realismo japonés veía como una cuestión de seguridad nacional la defensa de esta primacía tecnológica frente al mundo, por lo que se buscará limitar al máximo la presencia de inversores extranjeros en el país. (Rodao, 2019, págs. 28-29)

Japón adopta por tanto el papel de nación puramente mercantilista, comportándose como una de sus grandes corporaciones empresariales en su política exterior más que como una nación soberana. Toda su política exterior será orientada al mantenimiento de sus políticas mercantilistas y su supremacía comercial, creando una curiosa dicotomía única en el mundo en la cual su poderío económico es inversamente proporcional a su poder militar.

Precisamente la cuestión militar y comercial será el detonante de las fricciones con Estados Unidos en la década de los 70, pasando de la obediencia y sumisión de principios

de la posguerra a una actitud de competencia en igualdad de condiciones. Washington exigía una mayor implicación japonesa en su propia autodefensa, cofinanciando el mantenimiento de sus bases de Okinawa, a la vez que buscaba remendar el desequilibrio en la balanza de pagos con Japón, al que acusaba de prácticas comerciales deshonestas. Si bien es verdad que el sistema económico japonés contravenía las bases del liberalismo capitalista internacional, Tokio no hizo nada para cambiar un modelo productivo y exterior que iba camino de situar al país como segunda economía mundial, viendo más cerca que nunca el cumplimiento del gran objetivo nacional marcado hace casi un siglo.

En 1971, Nixon comenzará a entablar relaciones con la China comunista, a la vez que abandona el patrón oro, provocando la incompreensión y estupor de los japoneses. Estos no entendían cómo Estados Unidos había tomado estas decisiones de manera unilateral, vulnerando desde la perspectiva japonesa los principios confianza y cooperación entre naciones que tanto se habían esforzado en transmitirles. Por un lado, el acercamiento americano a un país cuyas relaciones habían sido prohibidas para Japón, mientras que, por otro, el abandono del patrón oro-dólar que tantos beneficios había supuesto para sus respectivas divisas. Esto tuvo consecuencias negativas en las exportaciones japonesas, suponiendo un duro recordatorio de que, aunque sea indirectamente, su desarrollo económico se encontraba supeditado a las acciones exteriores norteamericanas.

Con la llegada de Ronald Reagan al poder, la senda de la cooperación parecía volver a abrirse de nuevo, y de la mano de Nakasone Yasuhiro, Japón volvió a apoyar incondicionalmente las políticas exteriores norteamericanas, confiando en que este apoyo se vea recompensado con la ayuda a sus pretensiones asiáticas, especialmente respecto a las relaciones con Corea del Sur y la República Popular China y su intención de obtener un papel de relevancia mundial.

Tras la Crisis del Petróleo, Japón consiguió en la década de los 80 un nuevo auge económico, basado en su poderío industrial y comercial, sustentado sobre unas bases trabajadoras con jornadas extenuantes. En esta década, el sistema financiero japonés se reestructuró permitiendo mayor inversión extranjera, permitiendo las transacciones en diferentes divisas y las empresas extranjeras fueron aceptadas por primera vez en la Bolsa de Tokio. La súbita entrada de capital extranjero en el país hizo que el yen aumentase su

valor de forma desbocada, llegando a doblar su valor en poco más de un año. (Rodao, 2019, págs. 112-113) Como forma de contrarrestar la repentina subida del yen, el Banco Central japonés creó una burbuja monetaria, que acabaría por estallar a finales de la década sumiendo al país en una crisis financiera en la que aún se encuentra y poniendo freno al crecimiento económico de las últimas décadas.

7. LOS DESAFÍOS INTERNACIONALES JAPONESES EN EL S. XXI

El colapso del bloque comunista y con él la Guerra Fría que tanto había beneficiado al país, junto con el irrefrenable ascenso del poderío chino provocará un sentimiento de incertidumbre generalizada en la sociedad japonesa al no mostrarse clara la nueva configuración mundial en el cambio de siglo. Esta incertidumbre se verá acrecentada ante la duda de si la crisis que sufre el país desde la década de los 90 es algo coyuntural y, por tanto, posible de ser revertida como ya había ocurrido otras veces a lo largo de su historia moderna, o si por el contrario se trataba de una crisis estructural que amenazaba el modelo productivo y exterior japonés.

Durante años, Japón había ansiado el estatus de gran potencia, y con la caída del poder soviético y la bipolaridad mundial, vio la oportunidad de poder ocupar su puesto en el mundo. Con un P.I.B. que alcanzaba el 80% del estadounidense, situándolo como segunda economía mundial y alzándose como potencia hegemónica regional (Rodao, 2019, págs. 83-84), Japón era admirado por la comunidad internacional, obteniendo por fin su largo tiempo ansiado objetivo de estatus mundial. Además, el orgullo y honor nacionales se habían visto ampliamente satisfechos, puesto que estos logros se habían alcanzado mediante su propia adaptación del sistema internacional y gozando de plena autonomía cultural, lo que a ojos de los japoneses suponía una clara victoria de la civilización japonesa en el mundo.

Con la consecución del objetivo nacional de alcanzar la posición de estatus y primacía internacional, un objetivo que había sido el motor de la política exterior japonesa

durante el último siglo, el país se verá sin objetivo claro para el futuro. La nueva era Heisei²¹ del emperador Akihito que se abrió ante el país tras la muerte del emperador Hirohito en enero de 1989, no auguraba buenos tiempos. En su *best seller* “Felicidad de la pobreza noble: vivir con modestia, pensar con grandeza” Koji Nakano defiende el concepto de “pobreza honesta”, considerando que riqueza material había desvirtuado el país y aboga por una vuelta a los valores del periodo Edo²² basados en el pacifismo, la armonía y renegar de visiones grandilocuentes. (Rodao, 2019, pág. 360)

La nueva coyuntura internacional perfila una estrecha relación de cooperación interestatal amparada por los grandes organismos supranacionales creados a tal efecto, lo que supone la implicación de todos los países en aras de un beneficio y desarrollo global mutuo, algo que contrasta con la visión internacional japonesa. La política de alianzas japonesa se basaba en las buenas relaciones con Estados Unidos y la no intervención en el juego geopolítico de la comunidad internacional, una estrategia que, si bien había sido tremendamente efectiva en el mundo bipolar de la Guerra Fría, exigía un replanteamiento dadas las nuevas condiciones de cooperación que imperaban en el mundo desde los años 90 y el cambio de siglo.

Esta nueva coyuntura internacional estaba plagada de dinámicas veloces, donde los acontecimientos y conflictos se sucedían con rapidez y precisaban de una toma rápida de decisiones por parte de las distintas naciones, especialmente en la movilización de recursos en aras de la defensa de los miembros más débiles de la comunidad internacional. Japón, sin embargo, lastrada por una infinidad de restricciones que dificultaban la movilización de sus Fuerzas de Autodefensa, empezaba a ser visto de nuevo por las grandes potencias occidentales como egoísta al mirar únicamente por sus propios intereses. (Kolmas, 2019, pág. 26) Siendo conscientes de esta percepción occidental negativa respecto a la nación y la consiguiente pérdida de prestigio internacional tan duramente ganado en los últimos años, Japón decide reforzar su política de *soft power* para reconducir su imagen internacional.

²¹ Se traduce como “Paz en todos lados”

²² Periodo también conocido como shogunato Tokugawa

7.1. La política de *soft power* japonesa: estrategia *Cool Japan*

De acuerdo con Joshep Nye, el *soft power* se define como “*la habilidad de obtener lo que deseas mediante la atracción, en lugar de la coacción o el soborno. Surge del atractivo que genera la cultura, los ideales y las políticas de una nación*”. (Nye, 2004, p. X)

Este término que en definitiva consiste en generar una atracción cultural hacia el resto del mundo ha sido masterizado por Japón en los últimos tiempos, esgrimiendo una “diplomacia cultural” solo comparable a la influencia cultural estadounidense en los países de su órbita. Esta estrategia surge a raíz de la percepción japonesa sobre la incapacidad de los extranjeros de comprender y entender su cultura y que parte de la base del Nihonjinron, traducido literalmente como “tesis sobre los japoneses”. (Yoshino, 1992, pág. 4) Estas tesis comprendían toda una compilación de escritos de intelectuales y periodistas japoneses desde el s. XIX abordando la singularidad de la cultura japonesa, y si bien, en muchas ocasiones, se trata de opiniones con un claro sesgo ideológico, permiten trazar unas pautas en el comportamiento y comprender su civilización de manera que mediante esta comprensión facilitar las relaciones internacionales del país y evitar errores del pasado. El Nihonjinron tratará de explicar el súbito desarrollo económico japonés en las particularidades únicas de la sociedad japonesa y su cultura, reforzando las argumentaciones sobre actitudes innatas al pueblo japonés que se habrían mantenido inalterables a lo largo de la historia, un concepto que caló fácilmente en la sociedad japonesa, obviando los aspectos negativos de la misma. (Rodao, 2019, pág. 87)

Japón comenzará a proyectar una imagen agradable y atractiva del país y su cultura, todo ellos vinculado a su identidad nacional y perfilando cuidadosamente la imagen que se desea transmitir al exterior. Es por ello que trata de alejarse lo máximo posible de la imagen belicista e imperialista fanática que Japón transmitía durante la primera mitad del s. XX, siendo conscientes que esa percepción aún perduraba en el imaginario occidental. Se pondrá énfasis por tanto en reconstruir su imagen basada en la no beligerancia, ensalzando valores sintoístas de respeto a la naturaleza y la sensibilidad cultural, conceptos que tratan de exportar al exterior, mientras que el mundo samurái, impregnado de militarismo y honor, tratará de mantenerse en un segundo plano. (Kadoss, 2012, pág. 40)

El interés occidental por la cultura japonesa no es un fenómeno reciente, ya que a finales del s. XIX se instala en Occidente una fascinación por lo oriental, principalmente por su arte y las tradiciones que serán vistas con exotismo desde Occidente, comenzando a circular grabados y diversas representaciones culturales japonesas por Europa y los Estados Unidos. Esta fascinación por lo oriental se verá empañada por el militarismo japonés posterior, siendo recuperada a finales del s. XX, algo de lo que el Gobierno japonés estará decidido a sacar provecho.

Tras la caída de la Unión Soviética, el mundo globalizado resultante supondrá una perfecta plataforma desde la que implementar estas políticas de atracción a nivel mundial. La economía de mercado está en auge y con ella las clases medias consumistas de los distintos países desarrollados, que se convertirán en el objetivo de estas políticas. (Kadoss, 2012, pág. 52) Como observamos, Japón volverá a aprovechar la dinámica mundial, en este caso el consumismo, para implementar de una manera más efectiva su política exterior de acuerdo con sus propios intereses. Lo que se busca con esta estrategia será crear una “marca país”, de manera que sus productos se relacionen directamente a una imagen beneficiosa de la nación, una imagen identitaria nacional basada en su cultura e ideas, además de suponer una importante fuente de ingresos para el Estado. (Iwabuchi, 2015, pág. 427)

Desde los años 90 a la actualidad, la cultura pop japonesa experimentará un auge debido al aumento de la demanda de consumidores, especialmente fuera de sus fronteras, sustituyendo a la cultura tradicional japonesa a la hora de despertar el interés extranjero. El *soft power* japonés actual, dejará de lado las tradiciones para exportar esta cultura popular, que, diseñada en origen como entretenimiento, acabará derivando en una manifestación cultural identitaria del país por pleno derecho. (McGray, 2002, pág. 44) La producción de manga, anime y videojuegos japonesa encuentra en los mercados extranjeros un ávido consumidor, lo que será visto por las autoridades japonesas con un enorme potencial, debido a que su contenido refleja distintos aspectos de la cultura del país, decidiendo intervenir en las empresas del sector y formando parte activa del mismo mediante subvenciones en la década del 2000, convirtiendo la producción cultural japonesa en el pilar clave de su política exterior. (McGray, 2002, pág. 48) Una vez más, el Gobierno interviene directamente en las empresas para impelerlas a seguir el rumbo nacional marcado, puro colectivismo confuciano.

Con la llegada del s. XXI, y abanderando el nuevo enfoque de *soft power* basado en la cultura popular encontraremos la estrategia denominada *Cool Japan*, que intenta ofrecer la imagen de nación pacifista y avanzada en Occidente, mientras que en Asia ensalza los vínculos históricos y culturales que comparten. En el año 2002, el gobierno japonés establecerá el Programa Estratégico para la Propiedad Intelectual, dando lugar a la conocida como *Japan Brand Strategy*, con el objetivo de crear esa marca país identitaria a todas sus exportaciones culturales, principalmente productos de entretenimiento, gastronomía, diseño y moda. Para el éxito global de esta estrategia, las empresas japonesas amparadas y financiadas por el gobierno recurren a técnicas de internacionalización orientadas al mercado occidental, mezclando en sus producciones elementos tradicionales japoneses como la ropa, la gastronomía, la arquitectura y la mitología, con elementos propios de la cultura occidental, de manera que el público extranjero se pueda sentir identificado con el producto, sin dejar de asociarlo al país y la cultura que lo ha creado. (Iwabuchi, 2015)

En el año 2007, el Ministerio de Asuntos Exteriores japonés creará la figura del embajador del manga que, contra todo pronóstico se trata del protagonista del anime Doraemon, como promotor de la cultura japonesa, instrumentalizando de esta manera un icono del manga y del anime para sus propósitos en política exterior de promoción cultural. No en vano, la estrategia de *Cool Japan* depende del Ministerio de Economía, Industria y Comercio (METI), dándose una capitalización pública de esta cultura popular además de su instrumentalización, (MOFA, 2017) siendo su máximo exponente en la actualidad los Juegos Olímpicos de Tokio 2021, ofreciendo el escaparate mundial perfecto para promocionar su cultura.

Bajo las bondades de esta estrategia de promoción cultural y en contra de lo que pueda parecer, se aprecia como subyace una vinculación con el discurso nacionalista e identitario japonés, lo que explicaría su éxito en occidente y su fracaso en parte en las regiones asiáticas, que aún poseen el estigma de la invasión y los crímenes de guerra perpetuados por los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial.

7.2. La Doctrina Abe: implicaciones en política exterior

Cuando Abe Shinzō sucedió al Primer Ministro Koizumi Junichiro en septiembre de 2006, la política exterior japonesa había experimentado un cambio de enfoque respecto a la llevada a cabo durante la segunda mitad del s. XX. La estrategia de alejar al país de las vicisitudes geopolíticas internacionales y mantenerlo en una postura pacifista llevada al extremo había supuesto el mayor desarrollo económico que Japón había experimentado en su historia, pero la obtención del tan ansiado estatus internacional y los cambios en el mundo había agotado este modelo exterior.

Con la aparición en escena del terrorismo internacional tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, los Estados Unidos comenzará a presionar a Japón para hacerle salir de su posicionamiento internacional pacifista, exigiendo una mayor implicación en materia de defensa internacional. Pese a que este cambio de rumbo japonés en política exterior comenzó ya en el mandato de Koizumi, Abe aspira a convertir Japón en una “potencia al uso”, es decir, una potencia con aliados, intereses internacionales y una mezcla de *soft power* y *hard power*²³ en sus relaciones internacionales. (Hemmings & Kuroki, 2014)

Como ya hemos visto, el modelo exterior japonés basado en el desarrollo económico alcanza su zénit a finales del s. XX, por lo que tras haber cumplido todos los objetivos nacionales trazados desde la época Meiji, la política exterior del país había caído en una suerte de conformismo, sin una estrategia clara para el futuro más allá de perpetuar y mantener ese estatus de gran potencia internacional limitándose a actuar como una gran compañía internacional, al amparo de los estadounidenses. El segundo mandato de Abe iniciado en septiembre de 2012 hasta la actualidad permitirá afianzar su poder y legitimar su giro en estrategia exterior del país de cara al pueblo japonés.

El hecho de que Abe sea el primer gobernante japonés nacido tras la Segunda Guerra Mundial sin duda tuvo su impacto en la visión de este de la política exterior del país. Al contrario que sus predecesores en el cargo, los cuales habían vivido el auge militarista imperial y su posterior derrota con la consiguiente pérdida de honor y estatus obligando al

²³ Haciendo referencia a alternar la diplomacia basada en la atracción cultural con una diplomacia más directa basada en su poder económico.

país a abrazar el pacifismo, Abe había nacido en los años 50, cuando se empezaba a fraguar lo que sería el espectacular desarrollo económico japonés de las décadas siguientes. Su visión política, por tanto, no se vería influenciada por el estigma de la derrota, un estigma que hace que Japón adopte una postura extremadamente pacifista y antimilitarista como forma de resarcimiento mundial. Al contrario, el conservadurismo de Abe lo alejará de las posturas pragmáticas de mera adaptación a las corrientes internacionales de sus predecesoras y lo llevará a adoptar una postura más proactiva en la reconversión del país en un actor relevante en el panorama internacional. (Tatsumi, 2019) Esta concepción nueva hará que se plantee un revisionismo constitucional, considerando que la Constitución pacifista impuesta por las fuerzas de ocupación americana ha quedado obsoleta a la hora de afrontar los nuevos retos del siglo al tener en cuenta que los nuevos tiempos requieren un ejército de pleno derecho en sustitución de las débiles Fuerzas de Autodefensa Japonesas. (Kolmas, 2019, págs. 75-76)

La llegada de Abe y su nueva concepción de la política exterior, implicará orientar la política exterior del país hacia una relación más balanceada y equánime con Estados Unidos, rebalanceando los grandes beneficios y privilegios en materia de comercio exterior que Japón había disfrutado gracias a su particular modelo productivo en detrimento del país norteamericano, al igual que obliga a dejar de lado su tradicional aislamiento diplomático respecto a la región asiática y pacífica, con el acercamiento a países como Australia o India, al igual que China y Corea. (Midford, 2002) A su vez, la estrategia exterior japonesa durante el segundo mandato de Abe buscará una mayor influencia regional y buscará nuevos aliados estratégicos potenciales en materia de defensa, mirando hacia Europa a tal fin, tratando de reducir su total dependencia defensiva regional en Estados Unidos. (Hemmings & Kuroki, 2014)

Esto no implicaría una total desvinculación en materia de defensa con el gigante norteamericano, por el contrario, el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua firmado en 1960 se renueva en 2015 y las relaciones con los Estados Unidos seguirán siendo el pilar clave de la política exterior japonesa hasta la actualidad. (Tirado, 2019, pág. 71)

7.2.1. *Las relaciones sino-japonesas*

Las relaciones con la República Popular China posiblemente representen el mayor reto en política exterior para Japón en la actualidad, suponiendo una curiosa dicotomía entre desarrollar una fuerte y estable relación con el gigante asiático, mientras de manera simultánea se intenta limitar su poder e influencia en la región.

En los 40 años desde que Tokio y Pekín restablecieron relaciones bilaterales, su relación ha sido tumultuosa, alternando periodos de prosperidad y de tensiones políticas, unas tensiones que amenazan con enfriar las relaciones entre ambos países y mantenerlas en hibernación, lo que no ha impedido que se establezcan estrechos lazos económicos entre ambos.

Mucho ha cambiado en el equilibrio militar y económico entre China y Japón desde la llegada de Abe al poder en 2012. El súbito ascenso de la economía china ha supuesto un reforzamiento de su poderío naval y militar en la región, lo que supone una política exterior regional más activa, provocando que la legislatura de Abe se vea envuelta en un aumento de las tensiones territoriales con China. La importancia del comercio entre ambas potencias ha ido en aumento, mientras que la tensión política ha empeorado. El desarrollo de las disputas por la soberanía de las islas Senkaku/Diaoyu suponen el centro de las tensiones entre ambos países, ocasionadas por lo difuso del trazado de las fronteras marítimas en una región predominantemente insular, y que constituirá un perfecto teatro de operaciones político para los elementos más nacionalistas de ambas naciones. (National Institute for Defense Studies, 2019)

La naturaleza confuciana de ambas potencias hace que haya muy poco margen en las negociaciones sin que alguno de los dos “pierda cara”. Merece la pena detenerse a analizar este concepto confuciano ya que resulta clave para entender las relaciones entre ambos países y su comportamiento en el ámbito internacional. El concepto de “cara” en el mundo confuciano estará relacionado con el honor y el prestigio, refiriéndose a la “pérdida de cara” como una humillación. Por el contrario, estas sociedades siempre tratarán de obtener “cara”, en referencia a la obtención de prestigio y honor. (Hwang, 2012, pág. 270)

Este concepto de “cara”, pasado por los particulares filtros de honor, prestigio y estatus japoneses, hace que estos estén dispuestos más que cualquier otra cultura confuciana a salvaguardar la cara ante cualquier circunstancia y cueste lo que cueste. Este concepto, contextualizado en la disputa territorial por las islas Senkaku/Diaoyu, explicaría la negativa japonesa a renunciar a su soberanía, máxime cuando esa soberanía esta disputada con China, un país y cultura considerada por el pensamiento conservador japonés, base que sustenta el gobierno de Abe y del Partido Democrático Liberal, como inferior. En este mismo sentido, y desde la perspectiva contraria, la negativa china a ceder estará relacionada con la imposibilidad de perder la cara ante Japón; la masacre de Nankín perpetrada por las fuerzas de ocupación japonesas durante la guerra aún permanece fresca en la memoria colectiva china y no estarán dispuestos a tolerar ningún tipo de cesión a los japoneses, especialmente ahora que las tornas han cambiado y el poder regional chino resulta indiscutible con Xi Jinping a la cabeza, un presidente chino con una mentalidad igual de conservadora que la de Abe.

A pesar de esto, Abe es plenamente consciente del creciente poderío chino y de la conveniencia de establecer unas buenas y solidas relaciones con el gigante asiático, evitando un conflicto directo que Japón no podría ganar, estableciendo esta meta como base de su actual política exterior

Observamos por tanto como en estos conflictos regionales sino-japoneses, el componente del honor y la propia concepción cultural de la mentalidad de los contendientes supone la causa fundamental del conflicto, más allá de la auténtica relevancia geoestratégica de los territorios en disputa.

7.2.2. Las relaciones con la República de Corea

Las relaciones japonesas con la República de Corea, popularmente conocida como Corea del Sur, se verán, la igual que en el caso de China, lastradas por la conformación en la memoria colectiva coreana de un discurso narrativo antijaponés por la ocupación por parte de este último de la península coreana a comienzos del s. XX y los crímenes de guerra cometidos durante ese periodo.

En julio de 2019, el presidente coreano Moon Jae-in considerará rotas las relaciones comerciales con Japón por la reticencia de estos a expresar disculpas por los crímenes de guerra cometidos en la región por el ejército imperial durante la Segunda Guerra Mundial. El desencadenante de este conflicto será la visita poco tiempo antes del Primer Ministro japonés Abe Shinzō al santuario bélico de Yasukuni en Tokio, un acto que los primeros ministros japoneses suelen realizar de forma anual como forma de homenajear a los soldados japoneses caídos en los conflictos bélicos del país, entre los que se encuentran 14 criminales de guerra, un homenaje que ofende por igual a chinos y coreanos. (Kyung Hoon, 2019)

Entre estos crímenes de guerra cometidos por el ejército japonés en Corea, el que más controversia e indignación causa en los coreanos será el de las “mujeres de confort” o “*ianfu*”. (Rodao, 2019, pág. 85) Este término coloquial hace referencia a las decenas de miles de mujeres coreanas que fueron usadas como esclavas sexuales durante la ocupación japonesa en los numerosos burdeles militares establecidos en la región.

A pesar de las ambiguas disculpas ofrecidas desde el Gobierno japonés haciendo referencia a los “actos cometidos por Japón durante la guerra”, sin especificar ni concretar dichos actos, y las compensaciones económicas a las víctimas promovidas desde el gobierno japonés a través del Fondo para las Mujeres Asiáticas fundado en 1994 (Selart, 2019), para Corea del Sur ninguna cantidad monetaria podrá reparar el daño causado por la actuación japonesa en la península coreana, y este resentimiento empañará todo intento de normalizar las relaciones entre ambos países.

El último foco de conflicto será el uso de la bandera imperial del sol naciente por la marina japonesa de las Fuerzas de Autodefensa. Esta bandera es la misma que el ejército imperial usó durante la guerra y supone un duro recordatorio de las atrocidades cometidas por el mismo, por lo que la República de Corea ha pedido reiteradamente su retirada ante la negativa de Japón, solicitando prohibirla para los Juegos Olímpicos de 2021. (Díez, 2019) Se observa de nuevo la importancia de los símbolos de honor en la cultura japonesa y el respeto a los antepasados, dispuestos a sacrificar sus actuales relaciones internacionales con tal de mantener sus tradiciones y perfil cultural.

Para Ruth Benedict, el comportamiento japonés estará basado en la “cultura de la vergüenza”, un sistema en el que el colectivismo social de raíces confucianas configura el honor personal mediante amenazas sociales, en contraposición al sistema conductual occidental basado en la “cultura de la culpa” en el que se ejerce un control mediante sanciones internas ante cualquier desviación del estándar moral. (Benedict, 2011, pág. 65) Si analizamos las relaciones internacionales basadas en estos patrones de conducta entenderemos la obsesión japonesa por alcanzar estatus internacional, ya que, en su concepción cultural de la vergüenza, un estatus inferior sería visto despectivamente por la sociedad, en este caso internacional. A su vez, la “cultura de la culpa” occidental que establece Benedict explicaría el imperio de la ley que trata de imponer Occidente a nivel mundial, estableciendo sanciones concretas a las desviaciones del mismo. Benedict no culpa de las atrocidades cometidas por el ejército imperial japonés a un factor biológico inherente a su raza, sino a presiones sociales que en, en cierta medida, podían haber sido previstas. (Benedict, 2011, pág. 67) La sanción social que impera en la cultura japonesa hizo que en una época donde las corrientes supremacistas nacionalistas imperaban en el ideario colectivo japonés, el no acatamiento de estos preceptos hubiese supuesto la condena social y el deshonor y, por el contrario, su estatus de *tanin* legitima socialmente estos actos. Esto explicaría el continuo uso de eufemismos por parte de las autoridades japonesas en la actualidad para referirse a temas susceptibles como el imperialismo o los crímenes de guerra.

Resulta curioso observar cómo Japón, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se ha visto a sí mismo como una víctima de la misma tras el lanzamiento de las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki, retomando su tradicional discurso victimista frente a Occidente, considerando a su vez la legitimidad de sus acciones y comportamiento durante la primera mitad del s. XX, y que la coyuntura internacional del momento no les dejaría otra opción. Esta concepción victimista japonesa desde su aperturismo al mundo, junto con su particular concepción del honor, explica la reticencia a expresar cualquier tipo de arrepentimiento o disculpa por las actuaciones llevadas a cabo durante la guerra, lastrando cualquier tipo de relación con los países víctimas de su expansionismo pasado.

7.2.3. *Las relaciones indo-japonesas*

El caso de las relaciones con India resulta paradigmático del cambio de rumbo de la política exterior japonesa bajo el Gobierno Abe en su búsqueda de nuevos potenciales aliados. El acercamiento a la India, un país tradicionalmente poco vinculado a Japón se justificará de varias maneras: en un sentido, la importancia de la India radica en su situación predominante entre Asia oriental y occidental, que servirá como factor estabilizador de los distintos poderes de la zona, pero Abe justifica ante el pueblo japonés el acercamiento diplomático hacia el país de una manera muy distinta.

Usando la característica narrativa nacionalista, Abe presenta a la India ante el pueblo japonés como la patria del juez Pal; Pal fue el único juez en el Tribunal de Crímenes de Guerra de Tokio que falló a favor de todos los acusados japoneses considerándolos inocentes. Este hecho es bien conocido entre los sectores más conservadores de la sociedad japonesa, especialmente aquellos pertenecientes al Partido Liberal Democrático²⁴ de Abe, que verán, por este motivo, con buenos ojos este acercamiento, reforzando la posición del primer ministro frente a los sectores más nacionalistas muy críticos con la política de acercamiento a China. (Trujillo, 2019, pág. 70)

El caso del juez Pal supuso “dar cara” a Japón, en un momento en el que todas las naciones trataban de quitársela, un gesto de respeto que los japoneses nunca olvidarán, reflejando la importancia de este concepto en la cultura japonesa y sus implicaciones en sus relaciones internacionales.

²⁴ El PLD o Jimintō en su abreviatura japonesa ha gobernado Japón prácticamente de forma ininterrumpida desde su creación en 1955, lo que indica el conservadurismo de la sociedad japonesa y su poca predisposición a la elección en materia de gobierno siguiendo los preceptos confucianos del “orden natural” y de respeto a la jerarquía.

8. CONCLUSIONES

Desde el aperturismo impuesto por Occidente a comienzos de la época Meiji, Japón ha mostrado su cara al mundo por primera vez en su historia, la cara de una nación cuya cultura despierta tanta fascinación como incompreensión en un mundo que ha asistido al auge del antaño aislado y atrasado país asiático hasta la primacía mundial en poco más de un siglo. A través de un proceso de aculturación occidental, Japón sorprendió al mundo convirtiendo el país en un Estado moderno al estilo occidental en unos pocos años, pero esta rápida aculturación y adaptación al mundo moderno entrará en conflicto directo con su cultura ancestral, a la que se verán obligados a renunciar en aras del desarrollo. Esta decisión tuvo graves consecuencias para la autoestima colectiva japonesa y su propio respeto como pueblo, lo que provocó un tumultuoso desarrollo de sus relaciones internacionales.

La política exterior japonesa se verá continuamente influenciada por cuatro factores clave para entender su comportamiento internacional:

- El complejo de inferioridad respecto a Occidente y las heridas psicológicas que acarrear desde el aperturismo por las ofensas sufridas crean un sentimiento colectivo de confrontación hacia lo occidental.
- Un fuerte sentimiento de inseguridad, la situación geográfica de Japón lo convierte en un país muy vulnerable.
- Un concepto único y exacerbado del honor, el estatus y el prestigio, extrapolado a la política exterior.
- Una asombrosa capacidad de adaptación a los cambios en la coyuntura internacional.

Estos cuatro factores clave que impregnan el comportamiento internacional japonés se resumirán en el gran objetivo nacional de obtener reconocimiento mundial como gran potencia, que se mantendrá inalterado hasta su consecución a finales del s. XX. Esta aspiración dictada desde los primeros momentos de su aperturismo al mundo por los líderes Meiji será el hilo conductor de sus relaciones internacionales.

Todos los elementos de la sociedad trabajarán al unísono para la consecución del gran objetivo nacional, la obtención de prestigio y reconocimiento internacional, aglutinados en torno a fuertes ideales nacionalistas y de unidad cultural que estarán por encima del individuo. Los sucesivos Gobiernos japoneses se valdrán de las bases confucianas colectivistas inherentes a la sociedad japonesa para inculcar su visión política en materia exterior y vincularla a los intereses nacionales.

Detrás de las sucesivas guerras y demás conflictos con el país del sol naciente, subyace una incompreensión de su cultura y pensamiento. Esta incompreensión basada en una concepción etnocéntrica del mundo por parte de Occidente genera una fuente de continua conflictividad con aquellas naciones con culturas diversas como Japón, poniendo de manifiesto la importancia de evitar el propio prisma cultura a la hora de abordar las relaciones internacionales.

En este mismo sentido, la universalización de los valores liberales y democráticos por parte de Occidente entrará en conflicto con la ortodoxia nacionalista japonesa. Desde las potencias occidentales se trata de exportar estos ideales democráticos como garantes de libertad y justicia, unos ideales que tienen sus orígenes en el pensamiento político clásico, más tarde recuperados por las ideas ilustradas basados en la razón, la justicia y la libertad. Japón, sin embargo, cuyo sistema se basa en el confucianismo alejado de conceptos transcendentales como el bien y el mal, propios de la herencia judeocristiana. El colectivismo y la jerarquía rigen la sociedad japonesa, lo que unido a la observancia de la naturaleza y el “orden natural” hace que la capacidad de decisión o de disensión, ambas fundamentales para el correcto funcionamiento del sistema democrático, se vean muy limitadas como se observa con el mandato casi hegemónico del PLD en democracia, representando la ortodoxia nacionalista japonesa, que tratará de recuperar los valores tradicionales culturales de su civilización. A su vez, el concepto de armonía social hace que el debate político sea inexistente en Japón en la práctica, ya que los principios de evasión del conflicto harán que ningún miembro de la sociedad exprese abiertamente discrepancias políticas en aras del mantenimiento del *Wa*. Si a eso le sumamos la peculiaridad expresiva japonesas basada en el *tatema*e y nunca en el *honne*, hace que

los sucesivos Gobiernos del PLD hayan gobernado sin oposición real, minando así los principios básicos de la democracia. Basándonos todo en esto, ¿hasta qué punto serán aplicables los sistemas occidentales en culturas confucianas, especialmente en Japón?

En contra de lo que pueda parecer, la sociedad japonesa ha sido siempre reticente al cambio, anclada en sus tradiciones, demostrando que solo está dispuesta a cambiar cuando la nación se encuentra ante una coyuntura internacional que amenace con acabar con su autonomía cultural, económica y política. En ese momento, el país al completo demuestra una inusitada capacidad de cambio y adaptación, desechando todo aquello que consideran está poniendo en riesgo la prevalencia del país, reconfigurándolo rápidamente. El gran desarrollo económico de los años 60 será producto del último gran cambio estructural en la política exterior del país, en el que se abrazó el pacifismo y el “realismo mercantilista”. Con la llegada del 2020, una nueva era se abre ante Japón, la era Reiwa, cuyo significado es el de “hermosa armonía”. Ante una coyuntura internacional complicada por el distanciamiento estadounidense y la amenaza siempre presente del gigante chino en la región Japón deberá plantearse otro gran cambio estructural que le haga salir de su estancamiento internacional y le permita buscar la armonía por la que aboga esta nueva era.

Bibliografía

- Abad, G. (2019). El liberalismo en la teoría de Relaciones Internacionales: su presencia en la escuela española. *Comillas Journal of International Relations*(16).
- Addicott, D. A. (2017). The Rise and Fall of the Zaibatsu: Japan's Industrial and Economic Modernization. *Global Tides*, 11(5).
- Akagawa, N. (2015). *Heritage Conservation in Japan's cultural diplomacy: Heritage, national identity and national interest*. New York: Routledge.
- Ball, G. (25 de June de 1972). We are playing a dangerous game with Japan. *the New York Times*, pág. 10. Obtenido de <https://www.nytimes.com/1972/06/25/archives/we-are-playing-a-dangerous-game-with-japan-we-are-playing-a.html>
- Barbe, E. (1987). El papel del realismo en las relaciones internacionales. *Revista de Estudios Políticos*(57), 149-176.
- Beasley, W. G. (1987). *Japanese imperialism, 1894-1945*. New York: Oxford University Press.
- Benedict, R. (2011). *El Crisantemo y la Espada: Patrones de la Cultura Japonesa*. Madrid: Alianza.
- Biao, Z. (2017). Hans Morgenthau, Realist Theory of International Leadership, and the Future of Global Order. *Chinese Political Science Review*, 2, 512-530.
- Celarent, B. (2014). An Outline of a Theory of Civilization by Fukuzawa Yukichi. *American Journal of Sociology*, 119(4), 1213-1220.
- Dickinson, R. F. (2013). *World War I and the Triumph of a New Japan, 1919-1930*. New York: Cambridge University Press.
- Díez, P. M. (30 de octubre de 2019). Corea del Sur compara la bandera del Sol Naciente de Japón con la esvástica y pide prohibirla en Tokio 2020. *ABC*.
- Dower, J. W. (1999). *Embracing Defeat Japan in the Wake of World War II*. New York: Norton & Company The New York Press.
- Dower, J. W. (2008). *Black ships & samurai: commodore Perry and the opening of Japan (1853-1854)*. Boston: Massachusetts Institute of Technology.
- Facing History and Ourselves Foundation. (2014). *Crimes of War: The Nanjing Atrocities*. Facing History and Ourselves .



- Fletcher, M. (1982). *The Search for a New Order: Intellectuals and Fascism in Prewar Japan*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Fukui, H. (1977). Policy-making in the Japanese Foreign Ministry. En R. A. Scalapino, *The foreign policy of modern Japan* (págs. 3-37). Berkeley: University of California Press.
- Gordon, A. (2003). *A Modern History of Japan: From Tokugawa Times to the Present*. Oxford : Oxford University Press.
- Grabowiecki, J. (marzo de 2006). *Keiretsu groups: Thei Role in the Japanese Economy and a Reference Point (or a paradigm) for Other Countries*. Obtenido de Institute of Developing Economies - Japan External Trade Organization:
<https://www.ide.go.jp/library/English/Publish/Download/Vrf/pdf/413.pdf>
- Grasa, R. (2015). Neoliberalismo e Institucionalismo. La reconstrucción del liberalismo como teoría sistema internacional. En C. del Arenal, & J. A. Sanahuja, *Teorías de las Relaciones Internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Hagström, L., & Gustafsson, K. (2014). Japan and identity change: why it matters in International Relations. *The Pacific Review*, 28(1), 1-22.
- Hemmings, J., & Kuroki, M. (2014). Shinzo Abe: Foreign Policy 2.0. *Harvard Asia Quarterly*, 15(1), 8-14.
- Herbert, P. B. (2000). *Hirohito and the making of modern Japan*. New York: Harper Collings Publishers.
- Herdinger, D. (2013). Universal Fascism and its Global Legacy, Italy's and Japan's Entangled History in the Early 1930's. *Journal of comparative Fascist Studies*(2), 141-160.
- Hilldrup, V. V. (2006). The Reasons for Japanese Imperialism (1895-1910). *SSRN Electronic journal*. Obtenido de https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2352281
- Hook, G. D. (1996). *Militarization and Demilitarization in Contemporary Japan*. London : Routledge.
- Hwang, K.-k. (2012). Face and Morality in Confucian Society. En K.-k. Hwang, *Foundations of Chinese Psychology: Confucian Social Relations* (págs. 265-297). New York: Springer.
- Ikenberry, J. G. (2001). *After Victory: Institutions, Strategic Restraint and the Rebuilding of Ordeer After War*. Princeton: Princeton University Press.

- Iriye, A. (1974). *The Cold War in Asia: A Historical Introduction*. New Jersey: Prentice-Hall.
- Iriye, A. (1981). *Power and Culture: The Japanese-American War, 1941-1945*. Cambridge: Harvard University Press.
- Iriye, A. (1997). *Japan and the Wither World*. London: Longman.
- Iriye, A. (1999). *Pearl Harbour and the Coming of the Pacific War: A Brief History with Documents and Essays*. St. Martins: Bedford.
- Iriye, A. (2016). *The Origins of the Second World War in Asia and the Pacific*. London : Routledge.
- Iwabuchi, K. (2015). Pop-culture diplomacy in Japan: soft power, nation branding and the question of 'international cultural exchange'. *International Journal of Cultural Policy*, 419-432.
- Izumi, S. (30 de 05 de 2019). *La Embajada Iwakura: un viaje en busca de un futuro para Japón*. Obtenido de nippon: <https://www.nippon.com/es/japan-topics/g00680/>
- Jenike, B. R., & Traphagan, J. W. (2009). Transforming the Cultural Scripts for Aging and Elder Care in Japan. En J. Sokolovsky, *The Cultural Context of Aging: Worldwide perspectives* (págs. 240-259). Westport: Praeger.
- Kadoss, N. (2012). Geopolitics and Soft Power: Japan's Cultural Policy and Cultural Diplomacy in Asia. *Asia-Pacific Review*, 37-61.
- Kissinger, H. (2016). *Orden Mundial: Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia*. Barcelona: Debate.
- Kissinger, H. A. (1994). *Diplomacy*. New York: Simon & Schuster Paperbacks.
- Kolmas, M. (2019). *National Identity and Japanese Revisionism: Abe Shinzo's vision of a Beautiful Japan and Its Limits*. New York: Routledge.
- Kyung Hoon, K. (15 de octubre de 2019). Abe envía una ofrenda al polémico santuario bélico de Yasukuni. *EuropaPress*.
- Matsumara, T., & Benson, J. (2001). *Japan, 1868-1945*. London: Pearson Education Limited.
- McGray, D. (2002). Japan's gross National Cool. *Foreign Policy*, 44-54.
- Midford, P. (2002). The Logic of Reassurance and Japan's Grand Strategy. *Security Studies*, 11(3), 1-43.

- MOFA. (8 de marzo de 2017). *Ministry of Foreign Affairs of Japan*. Obtenido de Pop-Culture Diplomacy: <https://www.mofa.go.jp/policy/culture/exchange/pop/index.html>
- Morgenthau, H. J. (1986). *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Morris-Suzuki, T. (1995). The Invention and Reinvention of "Japanese Culture". *The Journal of Asian Studies*, 759-780.
- Nakamura, H. (1964). *Ways of Thinking of Eastern Peoples: India-China-Tibet-Japan*. Honolulu: East West Center Press.
- Nakamura, T. (1981). *The Postwar Japanese Economy: Its Development and Structure*. Tokyo: Tokyo University Press.
- National Institute for Defense Studies, N. (2019). *NIDS China Security Report 2020: China Goes to Eurasia*. Tokio: Japanes Ministry of Foreign Affairs.
- Nish, I. (2002). *Japanese Foreign Policy in the Interwar Period*. London: Praeger.
- Nye, J. S. (2004). *SOFT POWER, The Means To Succes In World Politics*. New York: PublicAffairs.
- Oshiro, G. M. (2000). Emergence as history. En E. H. Norman, *Japan's emergence as a modern state: political and economic problems of the Meiji period* (págs. 276-279). Toronto: UBC Press.
- Pauselli, G. (2012). Teorías de relaciones internacionales y la explicación de la ayuda externa. *Revista Iberoamericana de Estudios de Desarrollo*, 2(1), 72-92.
- Peattie, M. R. (5 de October de 1975). Ishiwara Kanji and Japan's confrontation with the West. *The American Historical Review*, 81(4), 942-943.
- Porter, E. A., & Porter, R. Y. (2017). *Japanese Reflections on World War II and the american Occupation*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Pyle, K. B. (2007). *Japan rising: the resurgence of Japanese power and purpose*. New York: A Century Foundatiuon Group.
- Ramos Alonso, L. Ó. (2002). *La incidencia cultural en el management japonés. Una aproximación a la gestión de los recursos humanos*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- Roberts, L. S. (1998). *Mercantilism in a Japanese Domain: The Merchant Origins of Economic Nationalism in 18th-century Tosa*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rodao, F. (2019). *La soledad del país vulnerable: Japón desde 1945*. Barcelona: Crítica.
- Schlichtmann, K. (2009). *Japan in the World: Shidehara Kijuro, Pacifism and the Abolition of War Vol. 2*. London: Lexington books.
- Selart, E. (2019). The Legacy of World War II in Japanese Foreign Policy. *Diplomaatia*.
- Shigeto, T. (2000). The Economics of the Meiji Restoration. En E. H. Norman, *Japan's emergence as a modern state: Political and Economic problems of the Meiji period* (págs. 283-286). Toronto: UBC Press.
- Shinohara, H. (1968). Postwar Parties and Politics in Japan. *The Developing Economies*, 393-409.
- Stronach, B. (1995). *Beyond the rising sun: Nationalism in contemporary Japan*. Westport CT: Praeger Publishers .
- Swale, A. D. (2009). *The Meiji Restoration: Monarchism, Mass Communication and Conservative Revolution*. London: Palgrave Macmillan.
- Tatsumi, Y. (30 de diciembre de 2019). Abe's foreign policy outlook for 2020. *The Japan Times*.
- Tirado, M. C. (2019). Las recientes reformas legislativas en materia de política exterior y seguridad en Japón. En J. Gil Pérez, *Política Exterior de Japón* (págs. 69-86). Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Trujillo, A. (2019). Las relaciones indo-japonesas. En J. Gil Pérez, *Política exterior de Japón* (págs. 56-68). Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Utley, J. G. (2005). *Going to War with Japan, 1937-1941*. New York: Fordham University Press.
- Wierzbicka, A. (1991). Japanese Key Words and Core Cultural Values. *Language in Society*, 20(3), 333-385.
- Yoshino, K. (1992). *Cultural Nationalism in Contemporary Japan. A Sociological enquiry*. New York: Routledge.
- Zachman, U. M. (2009). *China and Japan in the late Meiji period: China Policy and the Japan discourse on National Identity, 1852-1904*. New York: Routledge.